

# UNA NOCHE LOCA



@Liah Jones

Primera edición: noviembre de 2019

**Copyright**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Se celebraba la convención anual de la compañía de seguros en la que trabajo. Como cada año, toda una gran fiesta que la empresa montaba en uno de los grandes hoteles de la ciudad condal. Por la mañana había llegado en el Ave, que desde Madrid me traía como a muchos de mis compañeros. Un viaje rápido, unas horas y estación adelante nos encontrábamos tirando de las maletas. Un taxi que llevarnos al hotel y cada cual a su habitación. Llegué hambrienta, así que enseguida bajé al bufé, donde tomar unas tostadas con jamón york y queso, y un café con leche bien cargado. Mi cuerpo, como siempre, pedía cafeína que lo calmara.

*¿Julia, dónde estás?* Vi encenderse la notificación del WhatsApp con el mensaje de mi compañera Amanda.

*En el bufé tomando algo. Ven, desayunaremos juntas.*

*En un momento bajo* —fue la pronta respuesta que recibí.

Esperando que me preparasen lo que pedí, me encontraba con mi bandeja entre los dedos, cuando enseguida la vi aparecer, sonriente como siempre, la conocía. Alegre y dicharachera, de treinta y nueve años, diez menos que yo. Amanda pertenecía a mi grupo de asesores en la oficina de Madrid a la que representábamos. Buena comercial, conseguía nuevas pólizas de manera más que fácil con lo que siempre llegábamos al objetivo mensual marcado. Los meses que por algún motivo alguien del grupo se encallaba, no había problema en pasarnos entre nosotros pólizas con las que cumplir el mínimo o que la compañía solicitaba. Con eso y con las buenas comisiones que cada mes nos llevábamos, la empresa cumplía sus números y podía organizar grandes fiesterros como ese. La prensa general, la económica y en especial los accionistas de referencia esperaban ansiosos los resultados trimestrales y anuales. Había que darles buenas noticias sino las cosas se resentirían para mal. Y eso no era lo deseable claro.

—¿Qué vas a pedir?

—Vengo hambrienta. Había pensado en unas tostadas con jamón de york y queso.

—Ummmm, yo pediré una tostada con aceite y un zumo de naranja.

—Excelente elección —dije riendo ambas mientras esperábamos que nos atendieran.

Al momento llegó nuestro turno, escapando de la barra y tomando mesa en una esquina recogida del amplio salón. Me apetecía estar a solas con Amanda y aunque Rosa y Miguel se acercaron a la mesa a saludar, pronto desaparecieron quedando solos en una mesa dos filas más allá. Con Amanda teníamos confianza de muchos años atrás. Cinco años atrás, ella había entrado en la oficina no más de dos o tres meses después, no lo recordaba muy bien. Desde entonces todo había ido viento en popa entre nosotras, nos llevábamos bien y los resultados marchaban más que bien para satisfacción de Paco, nuestro jefe en la zona de Madrid.

Como digo la convención representaba el gran acontecimiento anual. Representantes de todas las ciudades nos dábamos cita de la forma que la compañía señalaba como obligatoria. Por la tarde y tras la comida, el director nacional dio presentación a los resultados anuales los cuales habían ido más que bien, unos números por encima de lo esperado para satisfacción de todos. Al día siguiente, los artículos en prensa aparecerían entre las noticias preeminentes dentro del apartado económico. Dando las gracias nos apremió a continuar por la misma senda, invitando gustoso para el próximo año a todos los presentes. Aplausos y degustación de canapés, cava y vino en las bandejas que los camareros y camareras paseaban a lo largo del salón. No quisimos comer y beber mucho, quedaba la cena y las copas para la noche. Era aquel el primero de los días de confraternización y no había que salirse de madre más de la cuenta.

—Fantástica la convención, no creen —brindando todos las copas con Paco, más que satisfecho por los buenos resultados obtenidos.

Eso significaba que el nivel subiría inevitablemente, reclamando mejores números además de un plus de implicación por parte del grupo. Todos a su alrededor, reíamos convencidos por conseguirlo. Un grupo amplio de catorce personas que la verdad competíamos ferozmente por ser los mejores en lo nuestro. Paco luego nos lo sabía corresponder aunque a veces no todo lo bien que podíamos desear. Como jefa de todos ellos, reportaba directamente y de forma semanal con él. Correos electrónicos con que tenerle al corriente de la marcha del grupo y luego mensual y trimestralmente. Hojas de Excel con porcentajes, variaciones y número de pólizas diarias, semanales y mensuales de cada uno de los agentes. Todo muy controlado tal como desde la central solicitaban.

—Julia, te felicito por todo el trabajo que has hecho estos meses.

—Gracias —un breve y amistoso toque entre las copas antes de saborear un sorbo del vino blanco que había pedido.

—Sigue así, mantén el nivel alto con los chicos. Hay que ser exigentes con ellos.

—Lo sé, lo tengo todo bien controlado. Sabes que nunca te he fallado.

—Claro, y quiero que así siga siendo. Esto es una labor de equipo. Ya has oído lo que nos piden, nos va a todos en ello.

Despidiéndose gentilmente para seguir con sus compromisos, nos dirigimos a la cena consistente en un pequeño variado. Algo rápido para pasar pronto a la fiesta y el baile que más tarde se daría en uno de los salones contiguos. Todos muy elegantes y de punta en blanco como mandaba el protocolo, traje de cóctel las mujeres y traje y corbata los hombres. Subimos a las respectivas habitaciones a cambiarnos y arreglarnos, una hora más tarde seguiríamos la fiesta nocturna entre bailes y risas. Con Amanda quedé en vernos una hora y cuarto más tarde para así poder arreglarnos y acicalarnos cada cual de manera conveniente. Además de hacer esperar unos minutos al personal masculino que eso siempre da un punto de mayor interés por una.

En la habitación una ducha rápida y mitad templada mitad refrescante me dejó como nueva. Luego en el armario busqué el vestido blanco que para la ocasión había encontrado. Ropa interior adecuada en un rojo intenso, junto a las medias blancas a juego con el vestido y los zapatos. Mirándome en el espejo del baño mientras me vestía, me vi elegante y sensual sin saber muy bien lo que la noche podría deparar. Alegría sin duda, unas cuantas copas con que entonarme y alguna que otra caricia de manera descuidada charlando en la barra o bailando animadamente. En esas fiestas siempre resultaba fácil encontrar alguien con quien poder intimar.

Desde mi separación de Marcos y con los niños más que crecidos nada me ataba a una relación seria, permitiéndome disfrutar de ciertas libertades y de algún que otro flirteo si la ocasión se daba. Con Amanda más de una vez habíamos encontrado compañía masculina, sin dejar de lado el poder disfrutar una de otra. Amanda se declaraba abiertamente bisexual y a mí la verdad me daba morbo el seguirle el juego. Diez años más joven y divorciada tres años antes, la situación para ambas resultaba parecida aunque seguramente Amanda se mostraba mucho más lanzada en eso.

Bajé en el ascensor sin nadie a quien encontrarme. La noche era larga y quién saber qué podía darse. Lo cierto es que no estuve mucho rato en la concurrida y aburrida fiesta que se daba, la mayoría bebiendo y charlando de trabajo. Un fastidio vamos, del que querer escapar tan pronto pude. Amanda no bajaba de manera que curioseando busqué algo interesante a lo que agarrarme. Mi salvación fue una pequeña barra, próxima al hall principal en la que nadie había más que un par de camareros limpiando y dejando inmaculadas un montón de copas de champán. Sin nada mejor que hacer para allá que me fui en busca de conversación y algo que tomar.

—Hola chicos, ¿qué hacéis por aquí?

—Ya casi acabando la jornada señora. Como ve limpiar copas y más copas para la reunión que en una hora se dará —el joven camarero respondió a mi pregunta, sin hacerme mucho caso mientras seguía a lo suyo.

Junto a ellos allí me encontraba, mirando el móvil por si llegaba mensaje de Amanda. Una pequeña barra con apenas cuatro o cinco botellas variadas y copas y más copas a las que sacar brillo. Un trabajo no tan interesante como pueda parecer en un primer vistazo. Aprovechando que me encontraba sola con ellos, con un suave carraspeo volví a reclamar la atención sobre mi persona.

—¿No podríais servirme una copa?

—Claro, ¿qué desea señora? —el joven camarero se apresuró a decirme.

—Oh, una copa de brandy estará bien.

—¿Solo o con hielo?

—Solo mejor, pero poco cargada la copa.

—Perfecto, enseguida la tiene.

Los tres solos. Frente a mí se encontraban los dos guapos camareros. Bellos, hermosos y muy elegantes, como correspondía al lujoso hotel que la compañía nos había reservado. El joven que me servía la copa, de unos veintisiete años (le eché en un rápido examen). Moreno, de cabellos rizados y encrespados, barba rala y bien cuidada, vestía camisa blanca y corbata negra. Guapo pero tampoco para tirar cohetes, en quien sí fijé mi atención fue en su compañero con quien aún no había cruzado palabra. Mayor que su compañero, unos cuarenta y tantos y negro, muy negro y de cabeza rapada el conjunto de perilla y bigote supongo fue lo que me lo hizo ver más interesante. Camisa negra y corbata del mismo color, no hacía más que limpiar y limpiar copas, al parecer completamente ajeno a mi presencia. Eso hirió mi amor propio haciéndome a partir de ese momento tomar mayor interés en él.

Disfrutando un corto y cálido sorbo de mi copa de brandy, al fin vi aparecer radiante a mi amiga que bajaba la escalera. Con un fuerte movimiento de mano la saludé a lo lejos. Arrebatadora y espléndida con su minivestido rosa de satén muy brillante. Vestido bastante ceñido y con alguna que otra transparencia en ciertas zonas estratégicas del mismo remarcándole sus ampulosas y sinuosas formas. La verdad estaba para hacerle varios favores si no fuera que aquella noche yo tenía otras ideas en mente que no pasaban por estar con ella.

Bajando Amanda un escalón tras otro sobre sus elegantes sandalias doradas, de manera lenta y segura en cada nuevo paso. Buscándome desorientada con la mirada en algún punto inconcreto del amplio hall. Al fin me vio. Removiendo la melena a los lados antes de con los dedos volver a removerla, echándola atrás al alborotarla aún más. Sensual, esplendente en toda su belleza, centrando seguramente en su persona más de una mirada. La melena a un lado y otro, con una sonrisa leve la vi devolverme suavemente el saludo. Pronto la tuve a mi lado.

—Tardaste un poco —con la mano en la barra cogida la copa entre los dedos.

—Lo sé, perdona... ¿llevas mucho rato esperando?

—Sobre un cuarto de hora, no te preocupes. La fiesta está de lo más aburrida, todos hablando de pólizas, trabajo y más trabajo.

—Bufff, menudo incordio. ¿Qué tomas? —preguntó viendo que ya había pedido.

—Algo de brandy —declaré mostrándole la copa ya casi acabada.

—Nena, empieza fuerte la noche —una fuerte risotada la que me lanzó.

—Bueno, calentando motores ya sabes. Por cierto, estás guapísima... ¿dónde encontraste esa

preciosidad de vestido?

—Secreto, no puedo decir nada —dijo tapándose la boca y haciéndome con ello crecer la envidia.

—Ejem, perdone señora... ¿quiere tomar algo? —nuevamente el joven camarero mostrándose agradable y simpático.

—Sí, un *bitter* estará bien gracias.

—¿Solo un *bitter*? Hija, qué sosa te has vuelto de repente —le dije apurando mi brandy y pidiéndole ahora al guapo moreno una segunda copa.

Las dos en la barra continuamos la charla amistosa. La fiesta, la cena y los compañeros de trabajo, el jefe y sus cosas que tan bien conocíamos. Poco a poco fuimos entrando en materia, cambiando de conversación a otras cosas. Amanda se percató de cómo los hombres nos miraban, haciéndome un gesto disimulado pero que cacé a la primera. Guapas y apetecibles como se nos veía lo raro sería que no nos mirasen. Al fin y al cabo ninguna de las dos pasábamos desapercibidas y no nos faltaban oportunidades para poder vernos acompañadas. Pronto los cuatro empezamos a charlar, una breve conversación aprovechando que mi amiga pedía ahora un Martini blanco.

—¿Llevan mucho en el hotel? No las habíamos visto hasta ahora —el hombre de color preguntando interesado por nuestra visita.

—Bueno, llegamos esta mañana. Nos alojamos por la convención de seguros... estaremos dos días más. Una lata, trabajo, trabajo y nada más que trabajo —Amanda le respondió tomándole el guante.

—Dos días dan para mucho, no todo va a ser trabajo. También puede haber tiempo para el placer... dos bellezas así no se ven todos los días —el joven lanzándose al vacío y sin paracaídas.

—¡Pero bueno, veo que eres muy osado y atrevido muchacho! Te recuerdo que no nos conocemos de nada y ya nos estás tirando desvergonzadamente el anzuelo —a mi amiga se la veía divertida ante la osadía que el joven mostraba.

—No hace falta conocerse para tomar una copa y poder quedar. Sin compromiso claro —ahora el de color entrando a la carga.

Las dos solas con aquellos tipos, apartándonos mínimamente de ellos con la mirada le dije a Amanda que me gustaba el negro. Si todo lo tenía como la tímida sonrisa y la fuerza que los brazos parecían guardar... ¿Cómo debería ser el resto? —de manera vergonzosa pero directa se lo comenté a mi amiga. Amanda no podía creerlo. Algo tan directo y rápido con alguien desconocido pero yo sabía bien que a ella le iba el joven camarero. ¿Allí en Barcelona y lejos de Madrid por qué no darle una alegría al cuerpo? Además que el moreno prometía un montón de cosas, con su mirada de grandes y profundos ojos oscuros. Grande muy grande, de cabeza completamente depilada y fuerte y musculoso según daba a entender la camisa negra que le cubría. Me moría por verle desnudo y conocer lo que las ropas podían esconder.

—¿Pero te has vuelto loca? —la voz de mi amiga bisbiseando en voz baja en medio de una risilla nerviosa.

—¿No te parece que está para comérselo? ¿Y qué me dices del jovencito? —la atacé directamente a ver por dónde salía.

Ví que había dado en el clavo al verla subir los colores, carraspeando evidentemente nerviosa al saberse en falta.

—¿Y qué me dices si alguien llegara a enterarse?

—Vamos no te me hagas ahora la mojígata, no se te da nada bien ese papel. Ninguna de las dos tenemos compromiso alguno y además no seré yo quien lo vaya dando a conocer por ahí —mostrándome ahora mucho más desenvuelta en mi descaro.

—¿Sabes qué? La verdad es que viéndole más atentamente te diré que el muchachito no está nada mal. Pero nada mal desde luego.

—No es mi tipo ya lo sabes, prefiero algo más crecídito —reí mi maldad en forma de comentario travieso.

—Si realmente quieres mi opinión experta te diré que el negro está para comérselo enterito... harás mal si lo dejas pasar de largo —no pudo más que envidiar mi buen gusto, diciéndome mi amiga en voz baja y al oído en el tono nervioso que tantas cosas y todas ellas malas querían significar.

Relamiéndose Amanda levemente el labio inferior, volvimos a acercarnos a la barra en busca de conversación. Así nos presentamos a los chicos, quedando cada una con el suyo. Un ramalazo sentí correrme el cuerpo, nada más notar la mirada fija y profunda ahora sí interesada más que claramente. El guapo moreno me observaba con descaro y sin vergüenza alguna, recorriéndome con la mirada por encima lo poco que la alta barra permitía ver. Un calor sofocante empezó a subirme cuerpo arriba imaginando el montón de posibilidades que junto a aquel hombre podían darse.

Igual que mi amiga, vestía un vestido de cóctel tal como la ocasión marcaba. Pero a diferencia del de ella, algo más discreto y sin escote pronunciado. Tal como dije en tono blanco y a rayas, aunque a primera vista parecía totalmente blanco, combinado con unos zapatos de medio tacón y un pequeño bolso, ambos igualmente en blanco que le daban un toque atrevido y muy chic al conjunto. Sin embargo, el hombre semejaba en ese momento querer desnudarme por completo con la mirada seguramente imaginando las mismas perversas experiencias que yo empezaba a barruntar.

Saliendo de la barra el moreno se excedió en sus funciones más de lo conveniente. Arrimándose Amanda a él sin vergüenza alguna le preguntó su nombre.

—Natalio —le escuché decir sin perder detalle y ligeramente de espaldas a ellos como me encontraba.

—Natalio, un bonito nombre. Mira te presento a mi amiga Julia, una de las mejores representantes de seguros que puedas conocer.

—Y hermosa... —soltó en voz baja lo que me hizo derretir tan pronto le sentí decirlo.

—Hermosa eso es. Bien os dejo unos segundos para que os conozcáis un poco más —una encerrona en toda regla la que me planteaba, allí a solas con aquel tipo al que querer comerme.

Sin poder hablar mucho pues el trabajo no daba para ello, sin embargo finalmente ambos consiguieron una cita más tarde cuando la tarea les dejara libres.

—Habitación 214, os esperamos a los dos —unas palabras casi silenciosas las que le lancé junto al oído.

—Allí estaremos —el moreno respondiéndome sonriente a la invitación.

—Eso espero, no me falles —un guiño de ojo con el que darlo todo a entender.

—No tardaremos mucho —fueron sus nuevas palabras al respecto.

Por su parte y al otro lado de la barra, Amanda y el joven camarero charlaban animadamente. Haciéndose mi amiga la interesante del modo que yo tan bien conocía, siempre con la sonrisa y la palabra justas con las que atraer a la gente. Me encantaba. Y más le encantaba al chico, tan interesado en ella como estaba. Apoyada en la barra se dejaba seducir. Sirviéndole un segundo

Martini, él continuó con su limpieza de copas pero mucho más interesado en lo que hablaban. El jovencito no podría resistirse a ella, cuando Amanda ponía el ojo en una víctima propicia era seguro que no se le escapaba. Ella bebía de su copa a cortos sorbos, saboreando la bebida hasta dejarla correr garganta abajo.

Finalmente y abandonando un segundo con la mirada a mi guapo acompañante, pude ver cómo el chico se abalanzaba sobre mi amiga dejándose ella volver el rostro hasta acabar besándose con más que evidente intención. Al fin lo había logrado, siempre pasaba igual. Siempre era ella la que conseguía antes la pieza apetecida, siempre se me adelantaba en los deseos. Volvieron a besarse, comiéndose a besos ya totalmente enlazados el uno con el otro y sin importarles para nada nuestra presencia. El chico la besaba abriendo la boca y haciéndosela abrir al pegarse los cuerpos hasta quedar fusionados en uno. Me resultó morboso el verles así, tan acaramelados y dispuestos a lo que fuera.

A mi lado, Natalio se percató de lo que sucedía a lo que no pudo más que mantener la atención fija en la afortunada pareja. Amanda sonreía a los besos y palabras tenues que su chico le prodigaba. Boca contra boca, ofreciéndole ella la lengua mimosa.

—Guau, parece que lo pasan bien. Los hay que no pierden el tiempo.

Asentí con la cabeza a lo que decía, allí los dos juntos tomándome el moreno las manos entre las suyas. Un paso más que decidido por su parte. De ese modo con Natalio fuimos ganando la necesaria confianza. Era discreto y considerado, sin esas miradas sucias y obscenas que otros te echan nada más te ven. Resultaba obvio que me deseaba, clavándose su mirada de ojos negros y oscuros en la mía cada vez que las cruzábamos ligeramente. Viéndole tan interesado en mi persona, no pude menos que lanzarme sin frenos a por él.

—¿Tal vez no puedes escaparte antes de tiempo?

—Bueno todo podría darse si la compañía vale la pena. En realidad aquí ya no queda nada por hacer.

—¿Y crees que la vale? —humedeciéndome los labios de la manera irresistible que tan buenos réditos siempre me daba.

—Claro preciosa, marchemos a otro sitio más discreto...

—Vamos pues —sin decir más y cogiéndole de la mano le hice acompañarme dejando a los otros a lo suyo.

En un rincón cercano y lejos de miradas molestas quedamos sentados en el amplio sofá de cuero gris. De nuevo esos ojos intensos devorándome por completo con ellos. Era guapo, realmente guapo y de mirada franca y sincera. Junto a él no pude menos que sentirme nerviosa, viéndome obligada a apartarle la mirada.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, debo reconocerlo —respondí de manera tímida y todavía sin poder mantener la vista en la suya.

—Tranquila, déjate llevar... eres una mujer bella y hermosa.

Tomándome en brazos me hizo llevar hacia él. Lanzando un murmullo de sorpresa, al momento sentí su boca de gruesos labios sobre la mía. Envolviéndomela con la suya, con las manos en sus fuertes brazos pronto subí una de ellas al cuello de mi amigo devolviéndole el beso con el que empezar a entrar en relación directa. Me gustaba un montón y yo a él no digamos. Besaba bien desde luego, esa boca cubriéndome la mía y a la que responder del mismo modo entregado y sensual. Nos separamos un breve instante, reconociendo nuevamente aquella mirada fija y profunda. Y entonces no pude menos que decirlo.

—Te deseo... es extraño esto, apenas nos conocemos pero puedo decirlo sin temor a equivocarme.

—Yo también te deseo. Esas cosas pasan... sin saber muy bien porqué salta la chispa entre dos personas y creo que ahora es lo que nos pasa.

—Me gustas —solo pude decir.

—¿Te arrepentirás luego?

—Nunca suelo hacerlo. Y ahora mi experiencia me dice que no será así.

—Perfecto, me gustan las mujeres decididas y que saben lo que quieren. Eres bonita y atractiva, y seguro que tendrías todos los hombres que quisieras.

—Pero ahora te tengo a ti.

Volvíamos a caer en un beso salvaje y apasionado, mezclando las lenguas y jugando con ellas al tomarle de nuevo la cara con mi mano. Cerrando las bocas el beso se pudo escuchar en el silencio que nos envolvía. Allí los dos solos y con un desconocido, solo pensaba en disfrutar aquellos besos frescos y novedosos. Abriendo la boca, traté de meter la lengua en ella. Empezaba a respirar acelerada, llevada por la presencia masculina que tanto me llamaba. Un nuevo beso largo y profundo reconociéndonos uno al otro, tomando seguridad en el otro.

—Sí bésame —pedí con la boca prácticamente pegada a la suya.

De ese modo podía sentir la calidez de su aliento sobre los labios, haciéndoselos cerrar al besarle con fruición y entrega absolutas. Me ponía, me ponía loca no podía evitarlo. Continuamos así largo rato, olvidados de donde estábamos y todo aquello que nos rodeaba. En esos momentos solo existíamos los dos, besándonos complacidos en el silencio de la noche que, reservada y muda, nos acompañaba.

Murmurando mi deseo junto a su boca, volviendo a atraerle al abrir los ojos tan cerca como le tenía. Mordiéndole levemente el labio, las fuertes manos de mi compañero me recorrían el cuerpo tanteando y explorando todo lo que tanto le interesaba. Yo me dejaba hacer, cogida por la espalda y notando las manos resbalar curiosas en busca de mi redondo trasero. Gemí sin remedio, aquello iba quizá demasiado rápido pero ya no podía ni quería parar. De nuevo la mano resbalándome al trasero por encima de la tela del vestido. Besándonos apasionados y con vicio en un morreo ardiente y lleno de las peores intenciones. Buscándole yo la boca, al gemir levemente al verme acallada por la boca del moreno. La pierna cruzada sobre la suya, toda rolliza al aire y en la que aún no había reparado para mi desgracia. Hubiera deseado tanto que me la acariciara...

Sin embargo, el interés de ambos iba por otro lado besándonos una y otra vez en una sinfonía inacabable y muda de besos. Apretándome a él, rodeándole la espalda con las manos y subiéndolas luego a la nuca. Uniendo las bocas y las lenguas de manera descarada e incluso insolente por lo procaces que los besos se hacían. Tomándome el hombre los cabellos y acariciándomelos entre los dedos muy muy lentamente. Creí que me derretía con cada nueva muestra de amor y cariño por parte de mi guapo acompañante. Gemí, gruñí tratando de desembarazarme al notar los besos ir más allá y cómo me devoraba entre sus brazos sin darme respiro.

Por suerte allí llegaron Amanda y su joven compañero, aunque yo de nada me enteré hasta notar la mano de mi amiga sobre la espalda. Fue cuando reconocí la de mi hombre plantada ahora sí subiéndome el muslo. Separándonos y haciéndome levantar, Amanda me acercó a ella besándome suavemente. Un beso corto y delicado que imagino haría a los chicos suponer todo lo que podía esperarles con un par de preciosidades como nosotras. Beso lésbico y con lengua mientras me bajaba la mano al pecho, devolviéndome yo el beso con la mayor disposición.

Tomándome del cuello y haciéndome abrir la boca contra la que golpeó vivaracha la de mi amiga. Nos besamos profundamente sin que pudiera evitar lanzar un suspiro sonoro al notar la lengua entrar entre los labios. Mientras y por atrás, cada hombre se dedicaba a una de nosotras acariciándome y apartándome atrás el pelo mi compañero de futuros juegos. Echando la mano atrás le busqué tratando de atraerle. Empezando a jugar ahora los cuatro de manera abierta al tiempo que nosotras continuábamos con nuestros maliciosos roces.

Labios contra labios, sin soltarme un segundo y disfrutando el momento al besarnos ambas con sutileza. Mordiéndome luego el labio lo que me hizo gemir débilmente. Sabía lo mala y perversa que podía llegar a ser, siempre lo era mirándote con aquella mirada felina con la que te enamoraba. Las manos de Natalio por encima de los hombros y bajando los brazos al sentir cómo se pegaba contra mi trasero. Eché atrás las posaderas deseando notarle aún mucho más. Sin duda aquello empezaba a notarse duro y en forma.

Al fin nos separamos, la mirada de Amanda en la mía sin apartarla un instante. Entonces invitó a su chico a unirse a mí, besándonos ambos y aceptándole sin mayor problema al abrir la boca. Por abajo la mano indagaba la parte baja del vestido, sabiéndome entregada y abandonada al par de hombres con los que poder gozar. El joven muchacho me tenía cogida por la cintura y yo solo podía que responderle el beso abriendo la boca en busca de la suya. Natalio me besaba el hombro, tirándole la mano atrás para atraerle tomado de la nuca. Besos y más besos al calor de aquellas manos que me sobaban la figura a lo largo del vestido. Les deseaba, les deseaba... no sabía muy bien cómo podía acabar aquello pero solo pensaba en seguir y seguir. El atrevido joven me atrapó el cuello, besándolo y mordisqueándolo lo que me hizo temblar hecha un flan. Era realmente osado y atrevido, tal vez me había equivocado en la pareja escogida.

—Tenemos que irnos —la voz de Amanda cortándonos el rollo al hacernos despegar de manera brusca.

Cada una con el suyo apretado a la espalda, mi amiga se despidió quedando las dos para el día siguiente. Asentí sin decir palabra, viéndola desaparecer de mi lado como si en una nebulosa me encontrara. Ahora sí quedé a solas con el hermoso negro al que hice acompañarme a la habitación sin más demora. No podía más, me sentía cachonda y necesitaba hombre que rebajara tanta tensión como me corría el cuerpo.

Ya en la habitación y enfrentados el uno al otro, la mirada oscura y profunda volvió a clavarse en la mía. Una mirada que te traspasaba haciéndome fundir bajo su influjo.

—Al fin solos —tan solo me dijo con su voz ronca y excitada.

—Sí —los labios temblándome al saberme entre sus brazos.

Sabía bien a lo que habíamos subido a mi habitación. Ya no había marcha atrás además que le deseaba más que nada en el mundo. De ese modo empezamos a amarnos, sin prisas y dándonos las bocas una vez más. Como dije no se le veía torpe en sus movimientos, sabiendo cómo tratarme para llevarme donde quería. Sin embargo, no pudo evitar bajarme las manos al trasero haciendo subir lentamente la tela del vestido. Noté sus dedos apretarme, calientes y poderosos al hundirse en la piel.

—Ámame... sí ámame —se me hizo un nudo en la garganta y la voz más apagada al pedírselo.

Clavándole las uñas en la espalda y haciéndolas caer camisa abajo. Abrazándome a él con pasión mal contenida, cogida a sus brazos el guapo moreno acercó la boca besándome por enésima vez. Entregándome los labios de manera voraz y sin reservas, gimoteé en mi calentura total al devolverle el beso. Tirándome sobre él, le rodeé ahora con los brazos mientras por detrás las fuertes manos masculinas me tenían tomada con determinación y descaros malsanos. Me

encantaba el sentir las sobre las nalgas, llevándome contra él y pudiendo así notar lo que entre sus piernas se daba. Se notaba grueso y duro, restregándome contra el bulto ya sin disimulo alguno. Besándonos apasionados y de forma algo violenta al morderle yo los labios haciéndole gritar. Moviéndome de forma abierta y provocativa alrededor de la voluminosa protuberancia que entre sus piernas se reconocía.

—Sigue... te deseo, te deseo...

Lengua contra lengua, jadeando entrecortada tanteé entre sus ropas tratando de abrirle la camisa.

—Deja que te quite esto —imaginaba mis ojos brillando de lujuria.

—Claro nena... hazlo —con sus palabras me animó a continuar.

Con los rostros pegados pude apreciar el aliento y la respiración acelerada del hombre. Cachondos e impacientes ambos por el otro, el deseo incontenible y creciente nos consumía.

—Ámame, ámame —no podía más que reclamar en mi total vesania y falta de sensatez.

Notando las manos resbalándome el cuerpo al apretarme contra él, gimiendo al pedir más y más. Me tenía tan caliente que entre las piernas sentía aquel calorcillo intenso abandonarme. Creí correrme con solo su aliento llenarme la boca. Y me dejé besar, gimoteando hecha un mar de nervios.

—Bésame, bésame... hazme el amor cariño...

—Joder, te deseo tanto y tanto... sigue, no pares —morreándonos rabiosos en busca de nuevos besos y caricias.

Las manos me rozaban suavemente los celulíticos muslos, los dedos cariñosos y voraces corriéndome cerca de las rodillas. Gimiendo, sollozando ambos camino de un nuevo placer desconocido y pleno.

—Fuera esto —los dedos trabajando lentamente un botón tras otro, el pecho masculino y rotundo empezó a vislumbrarse para mi asombro.

Era hermoso, tuve que tragar saliva para no gritar la completa desazón que atenazaba cada una de las nuevas emociones que me invadían ante tan bello y espléndido animal. Murmurando en voz baja, acompañando con ello cada nuevo botón que soltaba. Y entonces abriéndole la camisa y sin decir palabra, los dedos comenzaron a hacerse idea de lo que allí se me ofrecía. Unos amplios y bien cuidados pectorales sobre los que dejarlos deslizar saboreando tan seductor momento.

—Eres hermoso —mascullé volviendo a distinguir cerca del rostro el aliento alterado del macho experimentado.

Temblorosa y excitada, bajé las manos a la parte baja de la camisa acabando de soltar los dos últimos botones. Y nuevamente arriba, comiéndome el musculoso torso con la mirada. Respiré profundamente encontrándome la del hombre en la mía, callado, mudo y silencioso tan solo observándome y dejándose hacer por mis dedos y mis manos.

—¿Te gusta cariño? —pregunté de forma apenas perceptible.

Haciendo resbalar la prenda hombros abajo, al fin quedó desnudo las bocas tan cerca la una de la otra.

—Bonita piel, suave y tersa... me gusta —acercándome a él en un momento de locura transitoria, inspiré la fuerte fragancia que el torso desposeído de ropas desprendía.

En ese instante y sin poderlo resistir más, el guapo moreno volvió a tomarme firmemente de la cintura llevándome contra él. Nos besamos con desenfreno, cruzándole la mano por el cuello y enganchádoselo ahora para sentirle más cercano. Achuchándonos, besuqueándonos sin control, tan juntos que apenas nos daba para respirar. Mordiéndole los labios, envolviéndomelos Natalio

con los suyos, sacando yo la lengua para que la tomara raspándola entre los dientes. Temblé de emoción por el continuo torrente de emociones que me hacía sentir. Vibrando toda yo entre sus brazos, me dejaba amar y envolver por su fuerza brusca y tan masculina. Atrapándome del pelo, el beso se hizo más salvaje y profundo si cabe.

Fuertes gimoteos acallados por su boca, no me soltaba ni yo lo hacía con él. Las manos reconociéndome por abajo, el vestido ya subido a la cintura y la pequeña braguilla pudiéndose ver llamando a retirarla. Manejé el cinturón entre los dedos, tratando de soltarlo. No podía esperar más y a ello me entregué, tirando del mismo hasta hacerlo desaparecer. Separándome al tirarme atrás, busqué un mejor acomodo al doblar la pierna y consiguiendo al fin echarla a un lado. Reí nerviosa e impaciente por querer seguir. Cogiéndome de las caderas, el moreno me hizo sentar sobre él. Un nuevo beso de asentimiento al notar las bragas caer levemente, teniéndome bien cogida de las nalgas. Apretándolas ansioso, manoseándolas con desvergüenza y moviéndome yo en círculos simulando lo que tanto deseaba se hiciera realidad.

Un grito de sorpresa emití al verme caer atrás, empujada con decisión por las fuertes manos. Jadeando inquieta, respirando entrecortada y en voz alta y descontrolada, notándole coger las bragas por los lados y deslizarlas piernas abajo. Aviesa, ayudé a hacerlo elevando las piernas arriba y mostrando así la redondez prieta y contundente de mi tremendo y grueso nalgadorio.

—¡Sí sigue... qué cachonda me tienes!

Las piernas abiertas, quedé ofrecida y con mi coñito al aire y a la vista del moreno. Pasé los dedos por encima y al retirarlos los ojos del hombre se clavaron en la raja rosada y ya con cierta humedad en ella. Cubierto el monte de Venus de sedosos vellos, una breve y castaña matilla de pelo mostrándosele anhelante de caricias. No pudo menos que apretarse los labios, humedeciéndolos imaginando a buen seguro todo aquello que se le avecinaba. Cogiéndome de los muslos le vi agachar en busca de mi fruta madura.

—Cómemelo, vamos hazlo —pedí loca porque lo hiciera.

La lengua rasposa, húmeda y rosada entró en contacto con mi coñito, lamiéndolo y acariciándolo con apetito malsano. Gruñí levemente tan pronto noté aquel roce suave pero decidido. Unos segundos de separación y de nuevo le sentí enterrarse entre las piernas, dedicándome un dulce lametón al abrirme los labios. Mascullando de gusto, me incorporé adelante invitándole a continuar con aquellos primeros escauceos. Sin embargo y adelantándome a su tarea, fui yo misma la que me masturbé pasándome los dedos por encima. Agradable y placentero el notar los dedos abriéndome los labios para acabar dándoles paso hacia el interior. Empecé a pajearme, rápido y despacio a partes iguales. Gimiendo, sollozando, siguiendo en mi propia locura. Mientras, el hombre me observaba interesado, masturbándose por su lado.

—Precioso —el hombre negro afirmó, observando la abertura como si la adorara.

—¿Te gusta cariño? Cómemelo...

Natalio lo hizo hundiendo la lengua una vez más entre las paredes de la vagina. Respirando yo con fuerza al aguantar el aliento como mejor podía. Y de nuevo la lengua corriéndome por encima, empezando a entrar en relación con el sensible botón.

—Chúpamelo, chúpamelo sigue...

El hombre asintió con un sonido de aceptación al lamer y succionar del interior de la vulva rosada. Dándole un tímido besito ahora y llevando esta vez la lengua al clítoris todavía en calma. Un leve roce que me sacó un suspiro ahogado y prolongado. Tuve que llevarme la mano a la boca para no gritar.

—¿Así? —preguntó el maldito retirándose de su tarea un breve instante.

—Por favor, sigue...

La boca de gruesos labios se hizo con mi coñito, sacando la lengua y pasándola por los alrededores de la entrada excitable. Yo me removía, reclamando que lo hiciera, que me lo comiera y lamiera sin más espera. Unos suaves y lentos besos por el interior del muslo como adelanto al siguiente de los pasos en que cayó enfrentado al tierno y cálido botón de mi placer. Temblé entera al sentir cómo lo chupaba con gran avidez jugueteando con el mismo, un ramalazo lleno de electricidad corriéndome el cuerpo. El calor de su aliento y su respiración apagada rozándome la sensible zona, me agarré donde pude, a su cabeza y después a la colcha de la cama que me servía de necesario acomodo.

Me corrí por vez primera, mordiéndome los labios para soportar el roce demoníaco que la lengua y los labios ejercían sobre mi pobre clítoris. Ya la calidez de mis aromas acompañaba sus caricias y roces, devorándolos y saboreándolos al beberlos goloso el apuesto moreno. Mezclados con el calor de su saliva y sus babas, en una ceremonia morbosa y llena de anhelo para mí. Hundiéndome la nariz al aspirar el manantial de fluidos en que mi sexo se había convertido. Se ahogaba en ellos, respiraba afanoso entre mis paredes, metiendo la lengua y disfrutando todo lo mucho que mi coñito le daba.

Continuó a lo suyo, bebiendo y saboreando mis jugos que ya empezaba a entregarle en abundancia. Gemía, sollozaba, gritaba complacida con las piernas abiertas y dobladas en el aire. Un magnífico espectáculo el que le ofrecía. Y del que se aprovechaba, experto como lo era y sin parar de lamer y succionar. Metiéndome dos de sus dedos y sin avisar, haciéndome caer atrás ante lo sorprendente del ataque. Grité desconsolada, las manos en su cabeza que continuaba trabajándose el clítoris con la lengua traviesa. Adentro y afuera, enterrándose la lengua en la vagina, humedeciéndome la entrada y volviéndola a sacar de manera presurosa. Y luego los dedos tomando el relevo al entrar profundos y de manera fácil en mi sexo tan dispuesto.

—Sigue sigue... me matasssss... harás que me corra otra vez...

Una mezcla irritante con que consolarme mis ansias por nuevos placeres. Lamiéndome, rozándome la entrada con su nariz, lanzándome su ardiente aliento sobre la abierta rajilla. Jadeando loca por sentirlo tan cálido y abrasador, tan cerca su boca de mi inflamada vulva, los labios volvieron a hacerse con la misma chupando y tirando de ella. Soporté como pude aquello, juro que lo hice musitando palabras sucias y perversas. Reclamándole seguir, abriéndome tanto como podía a sus deseos. La mano en la colcha para luego caer firme en su cabeza completamente depilada, le apreté contra mí notando la lengua vivaracha buscarme el interior de la mojada flor. Separándose un instante para sacar la lengua y rasparla a lo largo de la raja y entre los labios inflamados. Me mataba, me mataba, no sabía cuánto más podría aguantar ese tormento maligno.

—Oh sí... sigue, qué gusto me das.

—Me encanta pequeña... mojadito y excitado —la voz del hombre provocándome.

—Sí, todo para ti mi vida... chúpalo, cómemelo todo.

Desde mi posición y tirando el coño adelante, busqué pegarlo a sus labios y boca. Y cogiéndole con la mano la cabeza hecha una bola de billar, le llevé con urgencia haciéndole hundir entre mis piernas. Golpeándome esta vez el clítoris, un golpe y otro, rápidos cada vez más rápidos golpecillos con los que hacerme vibrar entera. Yo le animaba, pidiéndole nuevas atenciones sin perder de vista lo que allí pasaba. Me encantaba el verle hundido y ofreciéndome todo lo mejor de su repertorio.

Y me meé sin poder evitarlo al visitarme el orgasmo violento y arrollador, haciéndole tirar atrás al notar la súbita micción golpearle el rostro. Reí nerviosa y divertida al tratar de

disculparme, recibiendo mi amigo la meada que descontrolada escapaba a mi control. Eso hizo que, furioso me metiera los dedos follándome con rapidez inusitada, gritando yo esclavizada por la fuerza desenfrenada del rápido follarme. Volví a correrme o eso creo, seguramente un orgasmo seguido por un segundo y que me hizo caer atrás abandonada a mi suerte y con los ojos fuertemente cerrados al jadear sin fuerzas. Tanta y tan intensa era la tensión en mi persona. Con las manos le atraje, besuqueándonos procaces con cada nuevo gesto que nos prodigábamos.

—¿Te gustó? —preguntó al separarnos, perfecto sabedor que así era.

—Me ha encantado... ¿qué tal si me follas hombretón?

Acariciándome y pasándome mimosa los dedos por encima, esperé a que lo hiciera. Rozándome la humedad y viendo los flujos abundantes correr entre los dedos, me satisfacía el verme tan perra y abierta a la presencia elegante y por qué no decirlo también algo vanidosa del hombre, allí tumbado junto a mí. Y entonces cogida de las piernas y con el coño encharcado y hecho una pena, el negro se dispuso a follarme tomándose el miembro entre los dedos. Miembro enorme y en el que no había reparado hasta entonces tan inmersa en lo que con su lengua y su boca me hacía.

Largo, de un tamaño considerable y muy grueso y oscuro, quedé sin aliento y helada ante lo que me ofrecía. Producía escalofríos nada más verlo y eso que había visto unos cuantos. Descapullado con el hinchado champiñón al aire tirándose Natalio la piel atrás, de venas abultadas y marcándose a lo largo del tallo, el pene se veía totalmente listo y dispuesto.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó haciéndome así aún más difícil el momento, gimoteando en voz baja deseosa por tenerle dentro.

—Métemela, métemela... no me hagas esperar más... fó... llame maldito —mi voz entrecortada y en un susurro.

—¿La quieres nena, dime la quieres? —pajeándose entre los dedos entretenido ante el angustiado y afligido estado en que me tenía.

—Dame tu polla —declaré autoritaria al incorporarme y cogerle con fuerza del cuello.

Pegada al hombre negro y tras plantarle un beso húmedo y rabioso, volví a tirarme atrás quedando expuesta y con las piernas completamente abiertas. Me la metió a pelo, ni goma ni hostias, poco a poco e ingresando paso a paso el recio músculo me entró sintiéndolo de ese modo mucho más. Finalmente un fuerte y seco arreón de una sola vez y todo para adentro, clavándose hasta lo más hondo y dejándome dolorida y sin respiración.

Bramé de manera desesperada por lo robusto del aparato masculino horadándome la rajita empapada. Hipando mi desazón, el macho se mantuvo quieto y bien situado dándome a sentir su presencia implacable. Era muy grande y enorme, desde luego que sí manteniéndome por mi parte igualmente quieta soportando la fuerza del miembro viril. Unos segundos apenas estuvimos así, callado el hombre tan solo observándome embelesado mientras yo gemía y suspiraba sin poder pronunciar más que sonidos deslavazados y sin sentido alguno.

—¿Te gusta? —preguntó Natalio con voz cavernosa y ronca llevado por el deseo.

—Es muy grande cariño... despacio, métemela despacio...

—Sí, la siento... la siento... clavámela despacio —repetí suplicante notándome arder por dentro.

Y así empujó suavemente, arrancándome un gemido ahogado al sentirme abrir la vagina por aquel recio mástil. Despacio y apenas entrándome, tan grande era que mi pobre coñito necesitaba hacerse al tamaño horrible.

—Con cuidado, es muy grande... es muy grande —los cabellos cubriéndome el rostro al

caerme por la frente.

Entrecerraba los ojos quejándome, gimoteando herida, abiertas las piernas y dobladas colgándome a los lados. Llevé los dedos por encima pasándolos lentos y premiosos. El moreno empezó a moverse, acompañándome pronto en el lento movimiento. Adelante y atrás el poderoso macho al tomar a cada segundo mayor ritmo y cadencia. Con las piernas abiertas y tomada por sus manos, le ayudé en el lento remover gimoteando y suspirando de puro goce. Me quemaba por dentro, me quemaba entrañas arriba, comenzando el lento percutir adentro y afuera abriéndose la empapada flor bajo su empuje. Tumbada cuán larga era, murmurando en voz baja y luego de manera más ruidosa envuelta en la vorágine de los primeros instantes de la copula. Con los dedos yo misma me abrí los labios permitiendo de ese modo el ir y venir, pareciéndome rasgarse las paredes con cada nueva entrada.

—Así cariño... fóllame, fó... llame toda.

—Sexy y caliente mujer... muévete perra, muévete.

Salió de mi interior un breve instante lo que me hizo buscarle con los dedos y volver a llevarle a la entrada. Con la cabeza levemente elevada, pude ver cómo la cabeza inflamada y rosada resbalaba vagina adentro hasta quedar enterrada más de la mitad. Gruesa, brillante por los jugos de ambos se veía correr adelante y atrás y de forma lenta. Jugando con el botón de mi placer, me masturbé pasándome los dedos arriba y abajo y en círculos. Rozándolo despacio al ritmo que el pene monstruoso me marcaba, hundiéndose para enseguida salir brillante y tenso.

—Mira esto, mira cómo te entra —la voz masculina provocándome con lo pastoso de su sonido.

Resbalándome lentamente y sin compasión, centímetro a centímetro y sin darme pausa, gritando yo en voz alta ante lo tremendo de la follada. Me gustaba, me gustaba horrores lo que me hacía allí tirada y dejándome hacer desconsolada y excitada al máximo. Las palabras apagadas y cariñosas del macho se mezclaban con mis grititos y lamentos pidiendo más y más. Adentro y afuera, adentro y afuera y sin descanso alguno. Sollozos ahogados llenando el silencio de la habitación, me sentía dolorida y feliz ante el terrible percutir con el que Natalio me complacía. Echando la mano por detrás de la cabeza busqué dónde agarrarme y dejar ir la inquietud que me corría el cuerpo. Y el tremendo negro me follaba cada vez de forma más ágil y segura. Empujando bien cogida de los muslos como me tenía, arrodillado frente a mí la posición era la mejor para sus intereses.

Y yo me masturbaba ahora con rapidez el clítoris inflamado por la pasión. Quejándome entre continuos lamentos y con la polla resbalándome y dejándose caer ayudada por lo muy mojada que me encontraba. De nuevo incorporándome y haciéndole correr las uñas por el liso y poderoso torso, solo pude que pedir más y más. Deprisa los dos, golpeándome Natalio con fuerza y echando yo el vientre adelante para así sentirme más llena de él.

—Sigue, sigue así... me voy a correr... me voy a correr.

—Sí córrete, córrete perra... ¿te gusta esto eh?

—Sí cabrón sí... dame fuerte, dame fuerte... no te paresssss.

—Uauuuuuuuu, me corro, me corro... dios qué bueno, sigue así...

Me corrí entre sollozos sin que ello le hiciera desistir en su constante ir y venir. Follándome con violencia, rasgándome las entrañas cada vez que lo hacía, besándome al echarse adelante y dándole yo la lengua perversa y enloquecida. Los huevos bamboleándole libres cada vez que se enterraba o salía triunfante. Acallándome los gemidos y lamentos con su boca de la que sacó la lengua rasposa y húmeda de sus babas. Y entonces me estoqueó de forma brutal, hasta el final y de

un solo golpe. Una fuerte estocada y sin aviso alguno con la que dejarme sin aliento. La respiración me fallaba al sentirme tan llena de él. Perdí con ello la noción del tiempo y el sentido de la realidad, al llegarme un nuevo orgasmo en forma de trallazo eléctrico a lo largo del cuerpo y hasta el cerebro donde estallar en un millón de sensaciones absorbentes y agradables al tiempo. Derrotada y vencida por la fuerza de mi guapo moreno caí derrengada bajo su peso entre continuos sollozos y jadeos.

—¡Joder nene, joder qué bueno... qué gusto me has dado!

—¿Te ha gustado? —la boca del macho sobre la mía.

Nos besamos apasionados sin darme tiempo a responder, cruzándole las piernas por detrás al tiempo que le abrazaba haciéndole chocar contra mí. Respirábamos agitados, jadeantes en nuestra total locura. Besándonos al instante de manera salvaje y casi obscena. Mezclando las lenguas en el interior de mi boca, luego el hombre me envolvió los labios con el grosor de los suyos. Gimiendo entrecortados, deseándonos enloquecidos, comiéndole la boca con fruición y con la lengua buscando y encontrando la suya.

Las tetas se me movían descontroladas bajo el constante respirar, enganchándomelas presuroso mi amante con los labios para saborear y lamer un pezón y luego el otro. Eso me hizo suspirar feliz, agarrada a él y dejándome hacer por el suave y lento roce. Noté los pezones enderezarse irremediabilmente bajo el fascinante correr de la lengua y los labios. Mordiéndolos ligeramente, un tímido mordisquear con el que sacarme un nuevo suspiro.

¡Qué maldito, qué maldito... qué cachonda me tenía y qué bien sabía hacérmelo! Sin palabras y cogiéndole de la cabeza se lo agradecí con un nuevo beso prolongado y sincero, suave y delicado con el que darle a conocer todo lo mucho que me había gustado. Y mientras, la polla gruesa y firme continuaba en mi interior, quieta y parada pero sin intención alguna de escapar de mí.

—Me encanta tu polla, me encanta... ven bésame —musité ofreciéndole los labios.

Lanzando un grito angustiado le sentí resbalarme fuerte y seguro, en una nueva estocada energética y hasta el final donde quedar parado haciéndome notar los huevos bien pegados. Se los acaricié entre los dedos, sacando de mi amigo un susurro débil y satisfecho.

—Están cargados —sopesándolos abiertamente y con maldad, la mirada clavada y repleta de vicio en la del hombre.

Llevándome contra él quedamos fuertemente abrazados el uno al otro. Mis brazos rodeándole la espalda y los suyos enlazándome por la cintura hasta posicionar mi trasero sobre su miembro ardiente. Sentada sobre el negro, dejé que me besara musitando levemente. Comencé a moverme, cabalgándole muy lentamente y a mi total placer. Sintiéndolo abrirme cada vez que me entraba al caerle encima. Las manos en mis nalgas las manoseaba y rozaba con los dedos hundidos en ellas. Gemí en un hilillo débil e impaciente por nuevas emociones. Arriba y abajo cuando el hombre enganchó una vez más el pecho, lamiéndolo y rodeando el pezón alrededor. Pasándole la lengua, ese suave roce acompañado del vigoroso del miembro entre mis piernas hizo que cayera sobre su hombro mascullando turbias palabras en el mismo.

Natalio condujo ahora la follada teniéndome bien sujeta como me tenía. Gimoteando al notar el duro instrumento resbalarme entero, me apreté más a él. Ordeñándole furibunda en busca de un placer aún más intenso si eso era posible. Empujando con rapidez y dejándome caer yo con la misma brusquedad que el hombre me daba. Un ritmo más elevado, obligándome a un cabalgar más rápido y exigente para el placer de ambos. Arriba y abajo, rodeándole el miembro en forma de círculos por encima de su vientre.

—Dámela fuerte... más fuerte, más fuerte cariñooooo.

—Muévete vamos, muévete... así lo haces muy bien pequeña.

Y las manos continuaban en mis nalgas, apretándolas con fiereza, haciéndome cabalgar sobre mi amigo una y mil veces. Un flojo cachete recibí al caerle, cachete que se convirtió en uno y un siguiente más duros y secos resonándome sobre la nalga. Grité complacida, riendo alegre por lo mucho que eso me gustaba.

—Fuerte, dame con fuerza vamos... —elevando el culo bajo la fuerza de la mano golpeando duramente.

Empujando arriba tomada como me tenía, me hizo levantar sollozando nerviosa. Haciéndome poner de espaldas a él, reconocí los dedos rozarme inquietos al bajar espalda abajo. Seguidamente pasó la lengua arriba y abajo al hacerme caer adelante. Quedé así boca abajo y con las manos masculinas corriéndome ansiosas los costados. Con el culo en pompa y sin dejar de suspirar en espera de la nueva penetración. Penetración que noté, entrándome lentamente y con facilidad favorecido por mis humedades. Un nuevo suspiro satisfecho y ya lo tenía todo adentro. Sin decir nada, solo gruñendo en su excitación, el moreno me llevó hacia él resbalándome entero hasta que los huevos golpearon mi trasero.

—Joder, joder qué animal... fuerte, clavámelas todaaaa.

Con lentos golpes de riñones que pronto se hicieron mucho más broncos y enérgicos al tomar velocidad y ritmo en la follada. Cogida de las caderas y bajando las manos luego a los muslos, volvió a follarme de manera rápida y placentera. Acompasados el uno al otro de forma experta y complaciente. Tirando yo el culo atrás para saberme llena de él, el miembro tan negro y grueso me cubría haciendo que las irritadas paredes se abrieran bajo su empuje. Por delante me llevó la mano al coñito, pasándola lentamente por la raja y acompañándola yo con la mía, reclamando más e hipando desconsolada. Y los dedos se deslizaron adentro, relevando unos segundos la fuerza del pene, corriéndome al abrirse la mojada flor deseosa del roce de aquellos malditos. Luego me los dio a probar, saboreando de ese modo el sabor cálido de mi desvergüenza.

Echando la mirada atrás, dejé que me besara con suavidad y en un solo y delicioso piquillo. Murmurando ambos, apartándome mi amigo los cabellos que me caían por el sudoroso rostro. Una vez más la polla enterrándose, mordiénome los labios con rabia pese a lo acostumbrada que ya estaba. Y de nuevo moviéndose lentamente, muy despacio y tirándome el cabello a un lado para hacerse con el cuello que besó y comió con fruición.

—Sí sí... qué potencia que gastas... eres incansable mi amor.

—Sigue, sigue..., dame más.

Y el hombre lo hizo, incorporada ahora a cuatro patas y pudiendo ver su mirada penetrante traspasarme con violencia desmedida. Grité, vociferé de manera escandalosa ante lo salvaje del miembro robusto enterrándose hasta el final. Adelante y atrás, resbalándome con rapidez hasta salir en su completa emoción. Le pedí que volviera a meterla, echando la mano entre las piernas pero ya el hombre me la había vuelto a meter de un solo envión, tragándola mi concha satisfecha y ufana. Con la mano sobándome el pecho, continuó sin descanso follándome entre mis grititos entrecortados. Le pedía seguir, no quería acabar con aquello, aquella polla incansable había que aprovecharla tanto como pudiese.

—Fóllame cariño, fó... llame... con fuerza, con fuerza.

—Sí pequeña, sí... mueve el culillo, muévelo.

Toda la polla adentro y las manos sobre los pechos, acariciando los pezones entre los dedos, jugando con ellos, pellizcándolos levemente. El apuesto negro quedó parado y bufando en su total

agitación, imagino todo tiene su límite y él también necesitaba un breve respiro. Caído sobre mi oreja le escuché decir con descaro y voz hueca.

—Eres hermosa nena... cachonda y viciosa, me encantas.

Besándome cariñoso la mejilla y la orejilla, me sentí temblar nada más el roce se hizo más profundo sobre la oreja. Lamiéndola y besándola al pasar la lengua y los labios por encima. Un murmullo de puro goce se apoderó de mí, suspirando entregada por entero a tan encantadora caricia. Las babas de mi macho corriéndome el rostro abajo, descontroladas sin nadie que les pusiera coto. Nos besamos boca contra boca, mi mano echada atrás buscándole atraer.

Los brazos poderosos me dominaban en su fuerza robusta, empequeñecida ante lo musculoso de los mismos. Gemíamos, bramábamos excitados, notando sus bufidos desbocados contra el rostro. Y una vez más empezó a darme, adentro y afuera, primero lentamente entrándome hasta la mitad y luego un fuerte empujón con el que clavármela entera. El vientre contra las nalgas, escuchándose su golpeteo cada vez que se hundía por completo. Yo sollozaba suplicando más, aguantando la respiración con cada nueva penetración.

—¿Te gusta... te gusta putita?

—Oh sí... me encanta, sigue —las manos enganchadas en las caderas bajo su constante percutir.

—Me tienes loca... más fuerte, más fuerte...

¡Dios, qué salvaje se mostraba en su potencia incansable! Empujándome furioso y con fuerza inaudita, haciéndome vibrar con su continuo ir y venir sacudiéndome con brusquedad y sin compasión alguna. Una, dos, varias veces hasta quedar finalmente detenido escapando de mi coñito.

—¡Qué salvaje, qué salvaje mi amor! —fue lo único que pude decir, buscando aire que respirar.

Girándome hacia él, quedé enfrentada al miembro brillante y palpitante. Un coloso hercúleo que me provocaba con su fuerza y posición orgullosa mostrándose elevado y curvado hacia arriba. Entrecerrando los ojos, lo tomé entre los dedos como adorándolo. Era tremendo, recio, firme y dispuesto a seguir. Acercándole la boca solo pude pasarle la lengua a lo largo, rozándolo de arriba abajo y notándome estremecer ante lo fornido del largo instrumento. Volví a pasarle la lengua por el grueso tronco.

—Tremenda polla la que gastas —tomándola con delicadeza entre las manos y elevando la mirada arriba en busca de aliento por parte del moreno.

—Me encanta, me encanta... dios, qué enorme...

—¿La quieres nena? Chúpala, chúpala —exclamó invitándome a ello mientras con las manos la pajeaba muy suavemente.

Una invitación como esa resultaba imposible de rechazar. Allí y de pie frente a mí, le tenía tieso y con la piel corrida viéndose el grueso champiñón necesitado de nuevas caricias.

—Cómemela pequeña, cómemela —la voz hecha un ronco murmullo.

Ambos hablábamos en voz baja, apenas perceptible en el silencio de la habitación. Echándole el caliente aliento al soplarle sobre el glande, noté como aquello se empinaba como si así aceptara lo que le hacía. La boca muy cerca pero todavía sin tomarla, mirándole a los ojos le sabía sufrir esperando mi caricia. Me encantaba verle sufrir, ahí tan fuerte y poderoso y a la vez tan débil e inseguro bajo el poder de mis manos.

Y ahora si abrí la boca, sacando la lengua y dejando la polla entrar entre mis fauces hambrientas y deseosas de él. Un gruñido le escuché lanzar, los ojos cerrados al comenzar a

saborear el musculoso sexo. Rozándole el glande con la lengua, pasándole los labios por encima y de nuevo adentro metiéndomela más de la mitad. Me costó un tanto, todavía no acostumbrada a lo dilatado del recio animal. Abriendo la boca cuanto pude y chupando y succionando del inflamado capuchón. Empezando a disfrutarlo, murmurando ahogada por la fuerza que me llenaba la boca. Adentro y afuera, frotándole la lengua por debajo en el interior. Corriéndola luego arriba y abajo a lo largo del miembro. Grueso, brillante de mis babas, palpitante y espléndido.

—¡Es enorme! —exclamé al sacarla de la boca.

Una vez más adentro y ayudándome con los dedos por todo el tallo. Moviendo la mano en círculos mientras con los labios atrapaba la cabeza sin darle respiro. Más deprisa esta vez, haciendo la presión mucho más intensa. Natalio respiraba con dificultad, la saliva corriéndole la boca seguramente reseca. Tomando yo el glande envuelto con los labios y dejándolo escapar levemente, masturbándole con desesperación viéndole tan entregado y excitado.

La mano en el cabello me lo tomó por detrás, acariciándomelo, alborotándomelo entre los dedos de forma amorosa. La mano adelante y atrás, resbalando lenta y premiosa por el grueso dardo. Abriendo la boca y tragando buena parte del mismo. Me encantaba hacerlo. Empezaba a hacérselo más rápido, haciéndola correr entre los labios y los dedos. Con las manos en la cabeza me obligaba a comérmela prácticamente entera. Ciertamente me costaba por su tamaño y grosor pero no la quería dejar por nada del mundo, chupando y succionando sin descanso. Varias arcadas me dieron, dejando correr las babas por encima al sacármela de la boca.

Masturbándole con las dos manos, tan larga era que necesitaba de ambas. Lengua viciosa y hambrienta devorándole los huevos, grandes y cargados y duros como la piedra. Se los comí y chupé pasando enseguida a chupar y comer el grueso músculo que tanto me hacía apetecerlo. Con un último golpe de lengua y un tímido besito, lo abandoné observándolo monstruoso y elevado al techo. Ciertamente producía pavor solo el verlo.

—¿Cariño, por qué no me follas otra vez? —mirándole directamente y provocándole con mis palabras.

Así lo hizo. Colocada en posición misionero y con las piernas arriba me penetró de forma profunda y con un solo y potente movimiento. Todo su poderoso y firme instrumento entrándome la vagina que me dolió y gustó al tiempo pues le dije que siguiera, que no se detuviera y me la diera hasta el fondo. Un fuerte empujón y al momento la tuve entera. Perdí la respiración y Natalio aprovechó mi debilidad para cogerme la pierna y dejarla descansándole en el hombro.

Y comenzó a follarme con firmeza y a buen ritmo. Arrodillado frente a mí y bien cogida como me tenía se movía adelante y atrás viendo yo entrar y salir el miembro negro y oscuro. La gran polla negra me entraba y traspasaba hasta el final, rebanándome por dentro y arrancándome lamentos placenteros y doloridos al tiempo. Resultaba ciertamente casi imposible de soportar por su potencia y tamaño enormes. Seco y duro, seco y duro dándome una y mil veces dejándome hecha unos zorros. ¡Qué macho espléndido, no se cansaba nunca para mi total placer! Unos dos minutos estaría jodiéndome de ese modo, no más. No tardó en decir que se iba, a lo que le animé a que lo hiciera, que se corriera y me lo echara todo encima.

—Me corro, me corro... me voy a correr.

—Sí sí, córrete vamos... échalo todo, échamelo encimaaaa.

Pocos golpes más dio, quedando de pronto parado y con el rostro congestionado apenas tuvo el tiempo justo para sacármela y empezar a soltar lefa. Todo el vientre y más allá cubierta por los gruesos y viscosos goterones. Jadeando y aullando, yo también me corrí junto a él gracias a los dedos resbalándome y masturbándome furiosa por encima del clítoris. Un último orgasmo

agradable y reparador el que alcancé. Sollozando desconsolada y él bramando como un toro herido, enseguida volvió a metérmela haciéndome precipitar los postreros estertores de su masculinidad cansada. Cayó derrotado, abrazándole hipando amorosa y llevándole contra mí mientras entre las piernas sentía el miembro palpitante y ya casi sin fuerzas. Una sesión agotadora y bien aprovechada.

Al día siguiente y tras dormir a pierna suelta, me faltó tiempo para contactar con mi amiga. Todavía Amanda en su cuarto, resultaba indudable lo bien que también lo había pasado. En la cafetería nos contamos con pelos y señales cómo nos había ido con nuestros respectivos galanes. Aquello había que repetirlo antes de nuestra pronta partida, no había tiempo que perder, pues apenas nos quedaban dos días más libres de ataduras...

•••

—Déjame, déjame, ¿quieres?... Anda, no seas loco.

—Loco sí, loco por ti muñeca —solos en el ascensor y la mano subiéndome y bajando descontrolada por el vestido tratando de llevarla por debajo del mismo.

Evidentemente no se lo permití o al menos así traté de hacerlo. Al fin y al cabo una es una señora y tampoco iba a ponérselo tan fácil como si de una vulgar fulana fuera el caso.

Como digo subimos en el ascensor, comiéndonos y metiéndonos mano como supongo haría Julia con el atractivo negro camino de su habitación. Las dos nos encontrábamos tan ardientes y dispuestas a lo que fuera con tal de pasar una noche de pasión, acompañadas por aquel par de guapos muchachos. Los compañeros y la fiesta de la empresa quedaban a esas horas tan lejanos...

Ambas pensábamos, al menos así era seguro en mi caso, en pegar un buen polvo sin reparar en nada más. El jovencito estaba para comérselo y aparecía bien fogoso y dispuesto a lo que fuera. Al menos así me lo había hecho saber antes de subir.

—Vamos a otro sitio más tranquilo. Estás buenísima, quiero follarte —sin cortarse un pelo, de ese modo me lo dijo, a lo que yo solo reía dejándome llevar.

Oportunidades tan claras como esa y estando lejos de casa no se pueden desaprovechar, de manera que para allá nos fuimos, entre besos y risas, sin casi darnos tiempo a marcar el botón de la planta de destino. Tuvimos que recomponernos como pudimos al encontrarnos una joven pareja nada más abrirse la puerta del ascensor. Riendo nerviosa, di las buenas noches escapando con mi chico a la carrera. Pasillo adelante y entre risas escuché a la joven quejarse por nuestra indecencia y procacidad, pero ya nada me importaba más que llegar lo antes posible a la habitación.

Llevándole pegado a la espalda al fin llegamos. Contra la pared me hizo caer, besándonos y comiéndonos con suavidad y sin prisas. Besándonos, morreándonos y con las manos notándonos resbalar el vestido. Gimiendo, jadeando uno y otro deseosos de nuevos besos y caricias. Como digo y contra la pared, me dejaba amar por mi joven acompañante. Apretándome con fuerza al empotrarme con ansiedad y rudeza. Me comía los labios, me los mordía descontrolado hasta que, por suerte y con todas mis fuerzas, conseguí quitármelo de encima.

—Con cuidado muchachito, no seas tan grosero y violento. ¿Es que no te han enseñado a comportarte con una señorita? Poco a poco, no tenemos prisa alguna.

—Perdón, perdón —el joven todavía fuera de sí y buscando entender lo que le decía.

—Despacio, ámame nene, no seas brusco y disfrútalo —reclamé con voz cariñosa al tomarle de la camisa atrayéndole hacia mí.

Así le atrapé la cabeza volviendo a besarnos con lentitud y en silencio. Los labios posados en

los del otro y con mis manos en sus brazos apretándolos con avidez y energía crecientes. Paso a paso fuimos tomando mayor interés por el otro, haciendo los besos más cálidos y sensuales. Rozándome con el bigote y la barba, sentía su boca rasparme la fina y tersa piel junto a los labios. Cayendo contra él, buscándole con la boca, sacando la lengua dándosela a probar. Sin embargo, al momento se la retiré sonriéndole morbosa y maliciosa. Muy cerca las caras una de la otra, pudiéndose escuchar las respiraciones alteradas de ambos. Le sabía fogoso y lanzado pero al tiempo quería ir poco a poco; como le había dicho teníamos tiempo de sobra y ninguna prisa por querer correr.

—Bésame, cariño, dame tu boca —pedí en voz baja y apenas perceptible al cogerle la cabeza por la nuca.

Mi joven acompañante accedió a lo que le pedía, besándonos una vez más al abrir la boca envolviendo la mía con sus labios. Un beso largo y profundo con el que quedar casi sin respiración, lascivo y apasionado con el que decírnoslo todo sin pronunciar palabra. Tan solo los sentidos a flor de piel, besándonos, notando la boca, uniendo las lenguas en un juego salvaje y algo brusco. Ahora fui yo la que perdí el control, mordándole el labio algo más fuerte de lo debido. Gritó levemente, con mis manos en su pecho y las uñas clavadas en la camisa.

Las manos masculinas continuaban devorando mi figura. A lo largo del vestido, tomándome del cuello al besarme apasionado y con las manos bajando y subiéndome el cuerpo de manera desordenada y anárquica. Tan pronto bajándome por encima de la entrepierna como cayéndome sobre uno de los pechos apretándolo con fiereza y osadía. Yo le dejaba hacer, riendo excitada y entregada al juego que me ofrecía. Enganchándome el cuello y comenzando a comerlo, arrancándome con ello grititos impacientes. Pasando la lengua por encima, llenándolo de sus babas, haciendo con ello que la calentura me fuera creciendo. Tímidos besitos a todo lo largo, subiendo y bajando, bajando y subiendo para luego mordérmelo levemente a lo que volví a gritar agradecida por su desvergüenza.

—Sí, cariño... muy bien... lo haces muy bien...

Las manos caídas ahora sobre las nalgas pude notarlas apretadas con ánimo desmedido. Me apreté a él en un nuevo beso ardiente y lleno de la peor intención. La lengua jugando con la del chico, jadeando y resoplando sofocados por la necesidad del otro.

—Está buenísima señora, está buenísima —le escuché decir derrumbado sobre mí.

Eso me gustó claro, sonriendo complacida para mis adentros mientras le atrapaba con las manos abrazándonos con rabia y desesperación. Mis manos corriéndole igualmente por encima de la camisa, cayéndole al cuello y luego sobre la pared donde buscar apoyo. Elevando la pierna y doblándola al sentir la mano resbalar encima. Me la acarició con experiencia, subiéndola y bajándola a lo largo del muslo prieto y rollizo que tan placenteramente le entregaba. Suspiré tan pronto los dedos se apoderaron del muslo, rozándolo y estrujándolo bajo ellos. Y mientras, me removía viciosa contra él haciéndole notar el vientre pegado al suyo. Eso me hizo reconocer al momento una agradable respuesta por su parte. Algo duro y que tan bien imaginaba, no podía ser otra cosa...

—Acaríciame, cariño... cómo me pones, vamos acaríciame.

—Sigue, sigue... ¡vamos! Vas muy bien —la voz susurrante cubriéndole el rostro, tan próximos como nos encontrábamos.

Apretándome una teta, sopesándola a través de la tela del vestido. Ciertamente se le veía alterado y deseoso de mí. Ya me empezaba a tener loca, las primeras recomendaciones habían surtido efecto en él mostrándose apasionado pero al tiempo delicado y cariñoso en cada uno de

sus gestos. Una mezcla perfecta con la que satisfacer y llevar cerca del paraíso a una dama como yo lo era. La mano continuaba aferrada al muslo, sin interés alguno por abandonarlo y pegados como lapas el uno al otro.

—Vamos a la ducha, estarás sudado de todo el día.

—Fue un día duro, sí.

—Imagino... pobre... deja que te quite esto.

Con prisas infinitas por parte de ambos empecé a desnudarlo con fiereza, quitándole la corbata al tiempo que aprovechábamos para besarnos y comernos las bocas. Sin dejar de besarnos y morrearnos un solo segundo, gimiendo y suspirando en mi terrible anhelo continué con la camisa blanca e impecable. Un botón tras otro y las manos del chico buscaron hacer conmigo lo mismo. Subiéndome el pequeño vestido arriba para dejar las nalgas al aire y cubiertas solo por el blanco y diminuto tanga. De encaje fino y delicado, una monada que hacía poco me había comprado y sobre el que las manos cayeron furiosas consiguiendo al fin meterse por debajo. Me estrujó bajo la fina prenda, hundidos los dedos en la prieta y redonda piel que entre mis grititos satisfechos le brindaba.

Me derrumbé en su pecho desnudo y velludo, lleno de tenues besitos y lamiéndolo poco después al hacerle correr obscena la lengua por encima. Mirándole arriba y en silencio los dos, la lengua subiendo lenta para atrapar una de las tetillas lo que le hizo gemir complacido. Por abajo y ya enloquecida y sin control, le busqué el pantalón camino del cinturón. Se lo solté y luego vino el botón igualmente suelto. Gruñía, resollaba ufana en mi total locura. Sin embargo, no traté de buscar lo que bajo el pantalón guardaba, llevando las manos por los muslos y luego arriba hacia la suave y poco abultada barriguilla. Besándole la barriga donde hacer caer la nariz, inspirando su aroma varonil y algo sudado.

Incorporándome sobre los pies y enfrentándole, clavé la mirada en la suya de ojos mitad azulados mitad grisáceos. Un último beso, un mínimo piquillo delicioso y, susurrando débilmente, le pedí que me siguiera al tomarle las manos entre las mías. Descalza sobre el suelo le hice seguirme en silencio camino de la ducha.

—Ven, cariño, ven —enlazándole por la cintura fuimos pegados cual enamorados, llevados ambos por la pasión que nos atenazaba.

En el baño y entre suspiros y lamentos, acabé por desnudarlo completamente igual que hicieron sus vivarachas manos conmigo.

—Sí, sí... deja que te desnude... déjame.

Así, finalmente el pantalón acabó por desaparecer, mientras mi corto y sexy vestido hacía lo propio cayendo a mis pies. Agachándome y con gracejo femenino, lo recogí entre los dedos, para apartarlo a un lado. Ahora sí nos encontrábamos por vez primera desnudos el uno frente al otro y evidentemente me gustó horrores lo que pude ver. Algo más alto que yo, observándome igualmente el chico en silencio, pude verle tragar saliva sin remedio. El torso velludo y de pectorales abultados, fui bajando la vista abajo recorriendo el cuerpo desnudo del joven.

Recreándome en el mismo, la vista cayendo lenta por cada rincón de su masculinidad. Al fin alcancé a ver lo que tanto me interesaba. Allí se veía, colgándole a mitad de su largura y grosor el miembro caído y medio en reposo. No estaba mal considerando que todavía no mostraba su mejor presencia. Sin quitarle ojo de encima, humedecí los labios por encima para luego morderme el labio inferior ligeramente.

—¿Hola? —un gesto de indudable sorpresa de mi parte al enfrentar aquello.

—Buena culebra tienes. ¡Joder, qué cosa tan hermosa... qué maravilla nene!

—¿Le gusta señora?

—Bueno, podría estar mejor —lancé una fuerte y sonora risotada, al guiñarle el ojo demostrando sí lo mucho que me gustaba.

Directamente y sin pedir permiso le enganché el rabo haciéndole acompañarme a la ducha. Sin quitarme la vista del culo me siguió obediente como un perrillo.

El grifo de la ducha abierto, el agua corría ya libre golpeando furiosa el suelo a nuestros pies. Pidiéndole darme la espalda, la misma se veía amplia y bien cuidada. Con suma delicadeza empecé a enjabonarle brazos y hombros, formando con las manos abundante espuma con la que bajar espalda abajo y hasta las nalgas. Quieto y parado bajo la alcachofa que colgaba de la pared, clavé la mirada pérfida en aquel par de hermosas redondeces. Observándolas a mi total placer, las descubrí prietas y carnosas, redonditas y algo bronceadas. Me encantó el tenerlas entre las manos, brillantes y paradas bajo la humedad que el líquido elemento ejercía. Muy lentamente, los dedos resbalaron con soltura la espalda y el trasero, haciéndolos descender con suavidad para de ahí bajar sobre la parte trasera de los muslos. De vez en cuando iba tirando la mano adelante, rozándole apenas el sexo al lado de los muslos por los que pasar las uñas. El chico disfrutaba el cálido y agradable roce.

Paso a paso y enjabonándole todo el cuerpo, hice que cada uno de los poros de su fina piel se fueran abriendo con la tibieza del agua. Él lo agradeció murmurando levemente.

Frente a frente esta vez empecé a enjabonarle muy lentamente, buscando cada rincón de su bien formada anatomía. Siguiendo por el torso y los brazos, la espuma fue creciendo con la ayuda del agua y la humedad del cuerpo. Haciendo correr las manos en círculos a lo largo de los pectorales, despacio muy despacio y hacia los hombros. Hablándole en voz baja y sonriéndome el chico sin decir palabra.

—¿Te sientes mejor? Deja que te humedezca el cuerpo y que el agua vaya haciendo efecto.

Bajando por los costados y la barriga, haciéndole correr igualmente la espuma sin prisa alguna. Mientras esto hacía, no reparaba en ningún momento en su sexo caído y en descanso. Solo las manos entretenidas en el juego por su cuerpo, musculoso y joven. Despacio muy despacio y dedicándome por entero a ello. En silencio, nuevamente por encima de los pectorales y hacia los hombros y a los lados. El guapo muchacho nada decía, quieto como se encontraba y dejándose hacer por mis manos. Deslizando las manos por la barriga todavía poco abultada y luego atrás camino brevemente de la nalga. Humedeciéndole todo él, la parte alta de los muslos y evitando en todo momento el peligroso contacto.

—Despacio, despacio... pronto te sentirás mejor...

—Desde luego, sí... gracias, muchas gracias.

—Se trata de que los músculos se vayan relajando... poco a poco, y muy despacio.

—Ummmm sí, qué gusto.

Bajo el calor reparador del agua, volvimos a los besos acallando mis tímidos gimoteos en su boca. Cuchicheándome y llenándome el oído de palabras tiernas y morbosas con las que encenderme aún más.

Muy lentamente ahora ya cerca del vientre, rozando la piel con las uñas de abajo arriba. El miembro caído y descapullado se veía mojado y en reposo. Mirándole a los ojos y en silencio, llevé la mano por debajo haciéndola apoyar suavemente en los huevos lo que le hizo emitir un leve gruñido. Corriéndola arriba y con el miembro entre los dedos, lo acaricié ligera y cuidadosamente. Muy cuidadosamente al sacarle un nuevo gruñido de aceptación. Enganchado el capullo entre los dedos para acabar soltándolo al escapar la mano arriba. Y de nuevo la mano a

los huevos, sopesándolos con suavidad y tomando una vez más el miembro entre los dedos, comenzando a pajarlo tranquilamente. Bien cogido, lanzando el chico un débil gemido pero sin moverse un centímetro.

—Tranquilo, déjame a mí —en un susurro mientras la mano continuaba el lento movimiento abajo y arriba.

—Relájate pequeño, relájate.

—Sí...

Plegándose y desplegándose la piel del miembro con el correr de los dedos.

Gracias a la humedad, el movimiento resultaba más agradable y fácil. Los dedos corrían con comodidad y descaro a todo lo largo del tallo, aún no en su máximo esplendor. De todos modos, las lentas caricias comenzaban a surtir efecto en él. Era evidente y echando la mirada abajo al pene, me entregué removiendo los dedos sin descanso. Masturbándole arriba y abajo y sin soltarle, el miembro poco a poco iba ganando en tamaño al deslizar la fina piel adelante y atrás. Masajeando las bolas bajo las palmas de las manos, abajo y arriba y por encima del tronco.

—¿Te gusta? —pregunté con los ojos clavados en los de mi joven compañero.

—Me encanta señora.

—Bien... poco a poco... muy poco a poco.

Tirando la cabeza atrás y cerrando los ojos, el muchacho emitió un largo suspiro de satisfacción. Las manos por detrás de la cabeza mientras por debajo yo continuaba con lo mío. Adelante y atrás, ahora con una de las manos al tiempo que la otra le subía y bajaba el pecho. Entre los dedos aquello se veía ya largo y grueso, cada vez más en forma y en el estado que a mí más me convenía. Largo, muy largo era aquel un miembro más que respetable. Pasándome la lengua por encima de los labios pensé en lo mucho que luego lo disfrutaría. Una mano y la otra y a todo lo largo, la cabeza gruesa e inflamada y de un rosado claro y hermoso. Pajeándole despacio, el chico con cara de pánfilo y sin moverse un ápice solo gozando lo que con mis mejores artes le hacía.

Tomando agua entre las manos, la dejé caer por encima lo que le sacó un gemido de gusto. Aquello ya mostraba el aspecto apetecible y amenazador que los dos deseábamos. El agua por encima, la limpié de espuma hasta dejarla brillante y en forma. Sonriéndole sin decir palabra, no pude evitar volver a pajarla entre los dedos. Parecía tener un imán para mí, tratándola con un mimo y cariño infinitos.

—Pajéame, pajéame deprisa... deprisa, deprisa... —el muchacho encendido y sin poder aguantar el tormento.

—Ssshhhh calla, déjame hacer a mí... no hay prisa alguna, ¿de acuerdo?

Aceptando el chico con la mirada y rebajándose la tensión en él como por ensalmo, al dejarle que me besara con suavidad. Le apreté ligeramente los huevos, haciéndole producir un estertor dolorido antes de soltarle. Dándole alivio entre los dedos que le masajeaban.

Aguantando mi joven amigo la respiración, aguantando las ganas de lanzarse sobre mí, apretando los labios y haciendo rechinar los dientes al rozarlos unos con otros. Parado y en tensión se dejaba llevar por lo que le hacía. Pajeándole yo con calma, haciéndole sufrir todo lo posible y más.

—¿Qué tal dime?

—De maravilla...

—Ya estás limpio y dispuesto... lo que te hacía falta —haciéndole sufrir al plantarle la cara muy cerca de la suya.

Respirándole muy muy cerca y siempre en silencio, al continuar removiéndole la mano por encima y con la otra sopesando los huevos duros y cargados.

—¿Mejor?

—Sí sí, señora —carraspeando en su total placer y entrega.

Me gustaba verle así, tan lanzado antes y tan entregado ahora sin mover un paso. Los ojos fuertemente cerrados y dejando que mis manos le fueran excitando paso a paso.

—Gracias pequeño, me encanta que te guste.

Entre los dedos aquello se notaba ya enorme y en forma, tieso y enderezado bajo el correr de mi mano. Arriba y abajo y enseguida nuevamente el mismo camino, mientras los dos callados y muy cerca el uno del otro le di mi boca para que la tomara. Nos besamos con ganas, abriendo yo la boca para permitir que sus labios la envolvieran. Un beso suave y delicado, amoroso, leve y apenas en un suspiro. El joven volvió a la carga, besándome sin poder reprimir el deseo y aceptándolo yo con la misma entrega.

Y por abajo, las manos no le soltaban cada vez más aficionadas al recio músculo, corriéndolas a todo lo largo del voluminoso tronco. Siempre despacio, siempre acompañando el lento correr con el sopesar las bolas que sabía llenas del cálido líquido que su joven masculinidad recogía. Nos besábamos con calma, sin producir sonido alguno. Los labios sobre los del otro, haciéndolos rozar en una mínima comunión llena de cariño y apego.

Volviendo a besarnos, volviendo a las ganas del principio abriendo la boca y sintiendo la lengua del chico tratar de entrarme. Dejé que lo hiciera al juntarla con la mía, un beso apasionado y largo esta vez, mezclando las lenguas y gimoteando llevada por la locura que empezaba a crecer en mi persona.

—Bésame, bé... same... te deseo...

—Sí sí... yo también te deseo —los besos ganando en intensidad a cada instante.

Tan cerca el uno del otro, nariz contra nariz, boca contra boca, lengua contra lengua. El sonido del agua aporreando el suelo de la ducha, aparecía mudo y discreto como único acompañante a nuestro creciente deseo. Cada vez más encendidos, cada vez más enamorados. De forma apenas perceptible y junto a su boca, le pedí que me besara una vez más. Pajeándole ahora con avidez entre los dedos, aquel joven muchacho cada vez me gustaba más. Cogida del cuello, me dejé besar mientras por abajo las traviesas manos seguían a lo suyo tomando a cada segundo un ritmo mayor. Ahora ya le pajeaba sin control, deprisa y sin el cuidado de antes. Haciendo correr las manos a todo lo largo del grueso animal, cada vez me tenía más loca y deseosa por él.

—Me encanta tu polla... es enorme...

Abajo y arriba, resbalándole los húmedos colgantes y el recio miembro que tanto me ponían. Respirando con fuerza y echando la mirada abajo al volver a tirarle agua por encima. ¡Dios, qué enorme se veía! Temblé toda yo como lo hacía mi joven compañero de juegos. La polla elevada y firme, enhiesta y apuntando arriba aparecía ahora sí disparada y en todo su esplendor. Murmurando mi terrible desazón y con sumo cuidado dejé caer el agua por encima. Las manos a todo lo largo y tomado entre ambas, jugaba con suavidad y esmero como si en cualquier momento se pudiera romper.

El joven ahora sí empezaba a lanzarse sobre mí. La boca caída en mi cuello y con la mano en mi trasero, la creciente atracción comenzaba a poder con él. Acariciándonos ambos, respirando agitada por el roce de su mano no pude menos que retirarle levemente y agacharme abajo. El horrible miembro junto a mi boca, no tardé en acercarlo comenzando a lamerlo por encima. El chico tembló removiéndose al gemir complacido. La caricia había resultado leve, exigua, mínima

pero lo suficiente para provocar en el hombre un temblor extremo pareciendo las piernas fallarle.

Lamiéndola por encima, pasando la lengua por el tronco y luego por la cabeza hinchada. Con la mirada arriba se lo fui haciendo despacio y sin prisa como todo lo anterior. Viéndole gemir, penar, mantener el equilibrio como podía. La mirada caída en la mía buscando apoyo en la pared para no caer. Volvió a gemir su placer, flojo, un tímido clamor de puro goce.

—Cómemela pequeña, cómemela...

Ya escondida entre los labios, comencé a comerla y succionar la misma. Enterrada más de la mitad y envuelta entre los labios donde hacerla resbalar. Tomándole el glande con los labios, el chico gimió una vez más allí de pie y con cara de lástima. Daba pena verle en ese lamentable estado, pero a ello me entregué chupando una y otra vez al escucharle gemir y lamentarse. Cogida entre las manos, la saboreé hasta acabar con un flop al abandonarla. De nuevo a la carga, arrodillada como me encontraba y tomando nota ahora de los huevos, por los que subí lamiendo tronco arriba y hasta alcanzar el glande con la punta de la lengua.

De nuevo adentro, tragando el glande y jugando con el mismo adelante y atrás, adelante y atrás y sin soltarlo. El joven muchacho gemía, se quejaba manteniendo la compostura como buenamente podía. La tensión a la que le sometía cada vez era mayor, comiendo y tirando de él entre los labios y sin necesidad ahora de las manos. Acariciándole las delicadas bolas bajo los dedos, rozándolas y frotándolas con suavidad y delicadeza. Sin parar de tragar y chupar, metiéndome más de la mitad hasta casi quedar ahogada. Tremendo era el animal aquel, grueso y palpitante entre los labios lo notaba recibir el placer que le ofrecía.

—Me encantaaaaa —y una vez más adentro sin dar tiempo a que se recompusiera.

El miembro grueso y erecto entre mis manos, pajeándole adelante y atrás acompañando de ese modo el correr de los labios. Luego con las manos fuertemente afirmadas en los muslos, fui tragando paso a paso hasta casi conseguir metérmela entera. Tuve que desistir, lanzando una arcada al querer respirar.

—¡Es enorme muchacho! —las babas bañándole el musculoso y robusto tallo.

Le escupí encima esparciendo la saliva a todo lo largo, masturbándole a buen ritmo entre sus lamentos de agradecimiento. De nuevo adentro tratando de metérmelo hasta donde podía, esta vez ya avisada de su potencia desmedida y con la que hacerme ahogar.

Tomándolo ahora con calma, le pasé la lengua por la barriga subiéndola y bajándola. Entretenida y con los ojos en los del joven, entre las manos le enganché el monstruito para seguidamente hacer caer las babas encima. Golpeándole blandamente el bálano, removiendo la mano muy despacio hasta ocultarlo entre los dedos, observándolo con veneración y fervor extremos.

—Sí sí señora, siga...

Abriendo la boca y volviéndomela a meter recogida con los labios y la lengua. Comencé a lamer y chupar, entrecerrando los ojos ante lo robusto del pene. Tomándolo y soltándolo con un seco y sonoro flop. Firme, enhiesto, delicado y poderoso al tiempo podía contemplarlo entre las manos. Lamiendo los huevos y ascendiendo lentamente en un nuevo ir y venir con que arrancarle una súplica amarga. Continué a lo mío, volviendo a las andadas y mamando sin respiro ni descanso para ninguno de los dos. Adelante y atrás la boca saboreaba devorando el grueso animal. Sin compasión alguna por el hermoso y apuesto muchacho al que sentía removerse nervioso y angustiado ante lo que le hacía.

El miembro hecho un basilisco palpitaba ardiente entre mis labios, tomándolo y cogiéndolo, recogiendo, soltándolo y sabiéndolo llevar hasta el extremo donde parar dándole el merecido

respiro. Ahogándome con su vigor y energía pero sin querer abandonarlo, continué tirando con la boca y haciéndole notar los dientes encima. Entonces mi joven compañero tomó las riendas de todo aquello, siendo él quien se movía adelante y atrás follándome la boca.

Con las rodillas dobladas y las manos en mis cabellos, el miembro curvado empujaba contra mí llenándome la boca para mi total placer. Me dejé llevar por sus golpes de riñones, con las manos en los muslos y allí arrodillada bajo el chorro del agua. Follándome la boca, ahogándome con su presencia perturbadora, los ojos en blanco ante el continuo correr entre los labios. Llenándome el pómulo y luego el otro, alcanzándome la garganta bajo el roce que con la lengua le daba.

Quedando quieto el chico bufaba, respiraba afanoso, pedía más de forma entrecortada. Le tomé el relevo, mamando y succionando, devorando el miembro al mover la cabeza adelante y atrás, una y otra vez hasta metérmela casi entera, con la boca llena para acabar sacándola en toda su presencia horrible. Erecta, apuntando adelante y con las babas colgando entre el glande y mis labios. Acercándome nuevamente, le hice caer las babas encima mientras el chico gruñía hecho una pena.

La lengua junto al glande acariciándolo levemente, corriéndole abajo y arriba disfrutando del tallo tan erecto y dispuesto. El chico gemía en voz baja, suplicando seguir, suplicando nuevas caricias y atenciones. Y así lo hice, empapándome de su sexo tan grueso e indómito, volviendo a la carga una y otra vez chupando y succionando al tomarlo entre los labios. El joven se retorció por encima de mi cabeza, las piernas temblándole y con las manos en mi cabeza obligándome a seguir con lo mío.

—Sí, no pares... no pares

Tragando y ahogándome con el terrible mástil que me llenaba la boca hasta el final, si es que aquello era posible. Golpeándome el paladar, el interior del pómulo sacándome murmullos ahogados con cada nuevo golpe. Por mi parte y pese a la evidente dificultad, no la soltaba comiendo y engullendo la polla a cada paso con mayor interés y determinación.

—Ummmmmmmm, ummmmmmmmm.

En mi locura total me escapaba de la boca y volvía yo a engancharla, húmeda y brillante y apuntándome el hinchado capuchón con fiereza irrefrenable. Acariciándole los huevos y chupando, chupando en el interior de la boca. Acostumbrada ya a su tamaño, la dejaba deslizar con facilidad y rapidez crecientes, entrándome y saliendo más de la mitad buscando ofrecerle el mejor de los placeres.

Cogida del cuello, me empujaba contra la boca sin dejarme mover ahora y siendo él quien llevaba el ritmo de la follada. Empujando con rapidez, el voluminoso animal me llenaba las fauces sin darme respiro alguno. Estuvimos un rato así y entonces le sentí echar adelante, manoteándome la nalga con una suave y seca palmada. Frotándomela por encima y abandonando yo su inflamado amigo para, en un último y cálido roce, apoderarme de sus colgantes apretándolos entre los labios. Sollozó complacido por la caricia, agarrándole la polla y masturbándose con ternura infinita. Muy lentamente, comiéndole los huevos y musitando en mi turbia y entregada tarea. Unos segundos más de comerle y ahogarme con su largo instrumento y por fin se la dejé libre, permitiendo sumisa que me golpeará por encima de la boca con el escandaloso tallo.

Bajándome la mano me buscó el pecho, acariciándolo y apretándolo con los dedos antes de incorporarme sin soltarle el pene y enganchada a su boca que besé y lamí con fruición entre los labios. Murmurando los dos, masturbándole sin dejarle un instante tan emocionada me encontraba por su fornido y amable compañero.

—Te deseo, te deseo muchacho... —las palabras escapando en un tenue hilillo de voz.

Cogiéndome de las nalgas y la cintura me hizo darle la espalda. Tirando la mano atrás, no quise abandonar lo que tanto me excitaba. Loco por mi persona, me besaba la mejilla aguantando los dos la respiración llevados por la emoción que nos embargaba. Comiéndome el cuello, besándome la espalda y el hombro, amándome con dulzura y dedicación en cada uno de sus gestos, noté la mano acariciarme entre los cachetes de las nalgas. Removiéndolas y disfrutando el encantador manoseo que me daba.

—Ahhhhhhh, ahhhhhhhhh qué gusto cariño.

—Ummmmm —la boca en su descontrol corriéndome el cuello y la mejilla.

Besándome la espalda, llenándola de suaves y tiernos besitos, dejando correr los labios con calma hasta recorrer todo el hueco de la misma. Un escalofrío de puro placer me llenó el cuerpo, temblando agradecida por lo delicado del roce. El culillo tirado atrás y elevándolo con la peor intención, el joven macho cayó sobre las nalgas lamiéndolas y mordiénolas con su lento y perverso correr. Los dedos apoderándose de mi sexo, al pasarlos por encima de la raja que alerta y dispuesta los recibió con un mínimo palpitir.

—Vamos muchacho, sé malo conmigo —ofreciéndole las redondas posaderas abiertamente.

Metiendo la lengua entre los cachetes, se enterró lamiendo y chupando por encima del coñito y del agujero estrecho trasero lo que me hizo pegar un respingo tan pronto el suave raspar inició su trabajo.

—Joder nene, joder... qué bueno eres —el culo en pompa y ofrecido sin reservas a las caricias de mi amante.

De pie y con la pierna doblada soporté el ataque como mejor pude. Aguantando el aliento, resoplando con fuerza, el agradable resbalar continuaba entre mis nalgas. Enseguida sentí la lengua lamiéndome la raja empapada de los primeros jugos. Sollozando y suspirando largamente, el experto muchacho siguió trabajándome la vulva con apetito voraz. Al tiempo y con los dedos, me los pasaba aprovechando su tímida dedicación al otro agujero. Los dedos a lo largo de los abultados labios, hundiéndose vagina adentro mientras la lengua rozaba la entrada del estrecho y oscuro agujero. Un grito horrible lancé ante el lento correr de la lengua sobre la entrada trasera. Lamiendo y jugando con ella, quejándome ampliamente pero sin tratar de apartarme de su sucio deslizar.

—Ummmmm sigue... me tienes loca, me tienes locaaaa.

Pasando la lengua, rozándola y buscando ahora la entrada rosada quiso forzarla y traspasarla bajo el temblor de mis pies. Corriendo con mayor velocidad y desvergüenza, resbalando por encima podía reconocer el roce de la lengua y de la nariz sobre el redondo trasero. Apoderándose de una de las nalgas, besándola de manera deliciosa, cubriéndola de besitos y dándome con eso un pequeño respiro. Con la pierna ligeramente levantada yo removía el culillo provocándole, deseando que siguiera con lo que me hacía. Me encantaba todo aquello que mi joven amante me daba a vivir.

Y de nuevo le noté en la entrada trasera, era evidente el interés que por ello mostraba. Adelante y atrás y a lo largo del estrecho y cerrado anillo que entre sus labios palpitaba impaciente por continuar.

—Sí sí maldito, continúa así —el cuerpo y las piernas en tensión, enderezándome adelante ante el poderío de la caricia.

Abría la boca reclamando seguir, cerrándola luego para generar saliva notándome la boca seca. Apretando los labios con furia desmedida y humedeciéndolos después como forma de

rebajar la angustia que me consumía. Las manos en la pared y la pierna doblada, la abertura le quedaba perfecta a la altura de la boca. Y continuaba y continuaba con aquello, no se cansaba y era mucho lo que le gustaba como a mí claro. Los gemidos y lamentos se mezclaban con el fluir del agua, golpeando furiosa el suelo a mis pies.

Y aquella lengua indecente y maravillosa al tiempo, haciendo de las suyas entre mis piernas al jugar con uno y otro agujero, enredada en una lucha feroz. Creí que me corría y tuve que llevarle la mano a la cabeza como forma de acompañar lo que me hacía. Adentro y afuera, lamiendo y trabajando la calidez de la entrada que con sus golpes se abría desbocada. Escuchando el deseo del hombre por mi sexo, comiéndolo y devorándolo hambriento por nuevos sabores y aromas. Bebía y saboreaba mis jugos que desfallecida en mi debilidad le brindaba. Y no paraba, no paraba lamiendo y bebiendo sediento de mí, de mis jugos y aromas con los que consumirme entera.

Me corrí ahora sí, envuelta en mi locura eterna, dándole a probar el tórrido calor que en mi entrepierna se formaba. Cubriéndole la boca y el rostro del manantial que mi sexo producía. El chico bebió y se llenó de mi inagotable y abundante correr de jugos y fluidos. Murmurando al recorrer la entrada encharcada y gimoteando yo derrotada y consumida por el constante trabajar de su lengua.

—Fantástico muchacho, eres fantástico... ¿de dónde has salido maldito? Ummmmmm.

Y entonces y en la misma posición que yo mostraba, se dedicó a follarme con sus dedos a lo largo de la raja empapada de mi vergüenza. Pasándolos con rapidez y traviesos, arriba y abajo favorecidos por el doblar de mi pierna que tan expuesta me dejaba. Corriendo furiosos, arrancándome nuevos temblores y lamentos excitados, el muy cabrón parecía no querer acabar conmigo. Así siguió maltratándome, acariciándome la irritada entrada entre los grititos y suspiros entrecortados que yo lanzaba. Quejándome mimosa y deseosa por seguir, removiéndome frente a su boca y sus dedos sollozando dichosa.

Tomando la ducha que en la pared colgaba, me enchufó la alcachofa entre las piernas dándome a probar su calorillo templado y furioso. Con la fuerza violenta del chorro me corrí nuevamente, lanzando un grito desesperado, aturdida y complacida por el inesperado chocar del líquido elemento por encima de mi sexo ya muy excitado.

—Cabrón, cabrón —la mano resbalando la humedad de la pared, gimoteando y llenando el amplio cubículo de tenues y extenuados grititos.

Me encontraba exhausta, hecha polvo y para el arrastre tras lo brutal de ese segundo orgasmo casi seguido que el muy ladino me había hecho disfrutar. Los ojos fuertemente cerrados, gimiendo débilmente y con las fuerzas perdidas ante lo aparatoso del momento.

El joven paró, viéndole incorporarse sin dejar de pajearse él mismo. Pegándose a mi trasero le noté apretarse a la entrada de mi sexo tratando de perforarlo. Un largo suspiro me escapó la boca, tan preparada y dispuesta a ello como me encontraba.

—Métemela, métemela vamos... —pese al cansancio solo quería continuar.

Y favorecido por lo muy excitados que nos sabíamos, el dilatar bajo su empuje se hizo fácil y rotundo. De puntillas sobre el suelo me elevé al sentirme llena del recio animal, perforándome con su lento y seguro percutir. Gruñimos ambos, él por no poder evitar su arrollador deseo y yo sabiéndome dominada por mi femenina debilidad. Y tomada de las caderas comenzó a empujar a buen ritmo, sollozando y recibéndole gozosa allí los dos fusionados en uno. Adelante y atrás y resbalándome buena parte de él, el grosor del pene parecía abrirme en canal bajo su lento traspasar. Moviéndonos los dos bajo el movimiento acompasado que nos marcábamos. Volviendo a dejar la pierna colgando al echar la cabeza atrás reclamando un nuevo y apasionado beso.

Junto al oído reconocía la fuerza del macho en el entrecortado respirar con el que llenarme por encima de la oreja. Ardiente, golpeándome con cada nuevo inspirar, jadeando y lanzándome su aliento cansado y agitado.

—Fóllame cariño, fó... llame —pedí en un lamento apenas manifiesto.

—Muévete nena, muévete así así.

Y empujó tomada de las caderas y el hombro como me tenía, subiendo la mano a mi pecho para apretarlo y estrujarlo con violencia extrema. Los dos nos quejábamos, excitados y llevados por el puro goce de un cálido encuentro de lo más agradable. Levantada en el aire yo me abría todo lo que podía, permitiendo la entrada al tremendo invasor vagina adentro. No deseaba más que sentirle dentro, que me follara una y mil veces hasta desfallecer por completo. Muy lentamente, resbalando y deslizándose hasta el final con lo que pude notar los huevos golpearme tímidamente. Meneando suavemente el culillo para con ello hacer crecer aún más la tensión en mi amigo.

Acabo corriéndose sin sacarla, haciéndome conmovido con el correr del abundante esperma que, al salir de mi sexo, noté rezumar entre los irritados labios para terminar finalmente cayendo buena parte del mismo al suelo. Al poco volvió a metérmela, resbalando vagina adentro y dándome a sentir el calor del líquido abrasador. Un, dos, tres lentos empujones con los que sacarme nuevos gimoteos de pleno placer.

—Gracias cariño, ha estado muy bien —acercándole la boca para que me besara mientras las manos me tenían sujeta con firmeza.

Un último gemido placentero, la pierna echada atrás al caer rendida contra la pared.

—Joder nene, ha estado muy bien... muy muy bien —repitiendo mis palabras de nuevo, como mejor forma de dar plena certeza al resultado final. Me sentía cansada, aturrida pero complacida y feliz ante el excelente momento vivido.

Llevando la mano atrás al ver cómo salía de mi interior, se la tomé girando hacia él para entregarle un nuevo beso emocionado y lleno de cariño. Con la polla entre los dedos, abrí la boca que el chico comió con fruición morreándonos con apetito malsano. Me encantaba, aquella noche estaba saliendo mejor que bien. La mano en su barbilla, le miré unos segundos antes de volver a chocar las bocas en un beso apasionado y lascivo. Jugando con las bocas y las lenguas, acallando el deseo por el otro en forma de jadeos ahogados.

—Te deseo pequeño, te deseo —dándole el dedo a chupar al abrir el chico la boca.

—¿Podrás con otro, verdad? —pregunté vacilante y necesitada de confirmación por su parte.

—Se hará lo que se pueda señora.

—Bien, estoy segura que no me fallarás... Ven deja que limpie esto, estás hecho una pena.

Acercándome a la ducha, el agua cayéndole encima fue haciendo desaparecer la espuma del pecho, del vientre y también del vello púbico y su sexo medio morcillón medio flácido y sin consistencia tras la primera batalla librada.

Ahora tocaba la guerra final, a ver cómo se portaba.

—Vamos a la cama, estaremos más cómodos —los rostros tan cerca el uno del otro que pudimos reconocer el mucho deseo que todavía sentíamos.

Ya en la cama le hice caer en la misma con un fuerte golpe de manos. Echándome encima le busqué la boca una vez más, besándonos, morreándonos con creciente anhelo. Arrodillada junto a él, le tomé la cara con la mano besándome el joven y metiendo la lengua en mi boca. Mimosa se la tomé, respondiendo al beso al rasparla suavemente con los dientes. Elevándome sobre él, la mano se lanzó al pecho y luego abajo y entre las piernas. Gimoteando excitada, eché la pierna por

encima del chico hasta quedar bien sentada y montada.

Muy cerca el uno del otro, los tenues gemidos se mezclaban con el respirar agitado de mi joven amante. Rozándome contra él, haciéndole sentir el cuerpo sobre el suyo. Las manos de mi amante me cayeron en los muslos, acariciándolos desbocadas, bajando y subiendo por los mismos para finalmente resbalarme en las ancas. Llevándome hacia su boca, ronroneando yo en mi total frenesí mientras las manos se clavaban en mis nalgas devorándolas entre los dedos.

—Auuuuuu sigue cariño, así sí.

—Está buenísima señora...

Sin reparar en lo que me decía volví a caerle encima en un nuevo beso cálido y apasionado, tomándole los cabellos para atraerle entre mis manos. Las manos en la redondez de mis nalgas, sujeta por las ancas en las que hincar los dedos arrancándome un lamento prolongado. Moría por sus besos y sus caricias, dejándome comer por su boca y sus besos. Musitando ambos en voz baja sin entender bien lo que decíamos. Palabras suaves y aisladas, sin relación alguna unas con otras. Leves lamentos, gruñidos ahogados, besos entrecortados por la pasión del compañero.

Subiéndole encima le di el coñito a probar. Pegado a su boca el joven muchacho supo bien lo que hacer. Un corto y amargo quejido lancé nada más noté el roce del bigote y la lengua por encima. Elevada y bien aposentada, con las piernas tiradas atrás quedaba perfectamente sentada sobre el rostro de mi amante. Enseguida comenzó a lamer y chupar la vulva, pasando la lengua arriba y abajo en la cercanía que ambos formábamos. Me enderecé arqueado el cuerpo bajo el roce de la lengua, removiéndome inquieta al tiempo que con las manos manoseaba un pecho y luego el otro. Los sentía duros y tersos bajo los dedos que los tomaban apretándolos en círculos. En un susurro le pedí que lo hiciera, las manos ahora del chico masajeándolos con mi total complacencia.

—Tócamelos muchacho, tó... camelos, ponme bien cachonda.

Mientras y por abajo continuaba jugando con mi empapada entrada. Lamiéndola en breves roces de lengua, subiéndola por toda la raja, abriéndome los labios con los dedos para enseguida buscar enterrarme la húmeda puntilla entre ellos. Quieta sobre mi hombre, me retorció enloquecida, gimoteando en voz alta, mascullando sonidos entrecortados por la emoción que me envolvía. Cogida a su cabeza dejé que siguiera, el suave roce de la lengua ahora sobre el clítoris. Un bote pegué al gritar desconsolada. Volviéndole a coger, le apreté contra mí desesperada sin permitirle escapar. Ahogándole entre las piernas, la nariz y la lengua me rozaban el vientre.

—Buen chico, cómeme el coño, cómemelo...

—Sigue sigue... me encantaaaaaa.

Tirado el cuerpo atrás y con las manos en mis tetas, el tormento continuó en forma de nuevos roces y caricias. Respirándome encima, pudiendo reconocer el cálido inspirar sobre el pubis.

—Eres bueno, eres bueno muchacho... me tienes loca.

Estremecida con la caricia constante de aquella boca y aquellos labios me corrí enfebrecida, llevada por la total zozobra que me consumía. Una vez más le di mis jugos a beber, un nuevo manantial de ellos chupándolos y saboreándolos el chico al pasar sin descanso la lengua por mi encharcada abertura. Todo aquello terminó con un largo suspiro que me hizo caer derrengada sobre mi hombre. Jadeando entrecortada, respirando con ganas el aire que me faltaba, estremecida con el todavía lento correr de mi sexo contra su boca.

Separándome de la diabólica boca, gateé entre las sábanas mientras mi joven acompañante quedaba al borde de la cama, de pie tan bello y espléndido como era. Nuevos besos entre sonidos varios y deslavazados, junto a veladas palabras con que hacernos avivar la libido. Entre risas y

juegos, me hizo derrumbar quedando sentada sobre el lecho.

—Está buenísima señora —aquellas turbias palabras fascinándome los oídos una vez más.

—Gracias muchacho, eres muy galante y considerado... realmente encantador —caída ahora en la cama y tirando atrás los pelos que me cubrían el rostro.

Incorporada levemente sobre los codos, quedé completamente ofrecida al chico con las piernas dobladas y abiertas. Empapándose la mirada con mi desnudez, tragó saliva antes de treparme el cuerpo hasta alcanzar la boca, besándonos enamorados y sedientos del otro. Poco a poco y entre mis grititos cachondos, fue bajando el cuerpo llenándolo de besos y ardientes lametazos que me hacían vibrar toda. Corriendo la lengua por el hueco de los pechos, deslizándola muy lentamente por el abdomen, el ombligo y la cintura, en completo silencio la fue pasando arriba y abajo. Igualmente en silencio y soportando el terrible desplazar a través de mi erizada piel, enganchada de las caderas le vi caer frente a mí.

Junto al coñito pero sin tomarlo, con las piernas abiertas fue recorriéndome el interior de los muslos con lentos y suaves besitos. Yo solo murmuraba entre dientes pidiéndole seguir. Agarrándome una de las piernas, me la hizo levantar en toda su sinuosa belleza. Con el pie en alto lo comenzó a besar, amándolo y adorándolo en su totalidad al comerlo y atacarlo entre los labios, jugando y produciéndome cosquillas con su suave repasar. Fascinada por su entrega, gemí exhalando afligidos sollozos de puro goce.

—Eres adorable muchacho, sigue sigue.

Continuando con la feliz caricia, me comió un pie y luego el otro entretenido en lamer y saborear en especial los dedillos de uñas pintadas de un exquisito rojo brillante. Despacio y pasando de un dedo al otro y luego el otro pie donde repetir el mismo camino. Agitada, vibré de emoción ante las tiernas y sensibles atenciones que me prodigaba.

Inclinó la cabeza, bajando por la pierna y jugando con ella de manera perversa al llenarla de besos. El gemelo de la pantorrilla por detrás, la rodilla y hacia los muslos acompañando el resbalar de la boca con los dedos. Abandonada sobre la cama yo solo gemía y ansiaba nuevas caricias, tan abierta de piernas como me encontraba. Los labios besándome suavemente el interior del muslo y ya muy cerca del sexo. Besos, más besos cubriéndome la piel erizada por el deseo. Y de nuevo se apoderó de la rajilla, acariciándola levemente, pasándole la lengua en lentos y sensibles encuentros con que arrancarme fuertes quejidos de satisfacción. Subiendo el otro muslo y la pierna arriba cogida de la mano. Me comió los dedos una vez más, temblando yo con tan exquisita caricia mirándole hacer al tirarme adelante.

—Sí muchacho... qué travieso y juguetón eres.

—No pares, no pares con eso... sigue sigue.

Tumbándose entre mis piernas, me hizo levantar el culo quedando las nalgas mostradas en su prieta redondez. ¿Qué era lo que pretendía ahora? —una creciente inquietud me turbaba. Y comenzó a chupar y lamer el coñito, la lengua acariciando el diminuto botón por encima y de arriba abajo tomado entre los dedos. Un ramalazo sufrí con esa simple caricia, aullando de gusto con el raspar de la lengua. Pasándola sobre los labios abultados y buscando hundirla en lo posible. Haciéndome notar el respirar agitado que le embargaba, la nariz rozándome la sensible zona al inspirar mis aromas. Volvió a la carga abriéndome la vulva, enterrando la lengua en ella y saboreando los cálidos fluidos que le entregaba.

—Qué bueno eres, así así. —acariciándome yo ahora el sensible clítoris.

La mirada perdida y nublada bajo el rozar de la lengua y los labios, las piernas colgando a los lados y sin posible defensa. Pero no se dedicó solo a mi amable y tierno coñito sino que su interés

iba más allá, llevando la boca al agujero anal con el que comenzar a jugar un obsceno e indecente combate. Del ano al coño, del uno al otro y recorriendo toda la zona con lentos lametones. Temblé con ese encantador e imprevisto contacto que me regalaba. Suspirando y chasqueando los dientes ante el turbio agasajo. Comiéndome y devorando cada rincón de mi ser, el muchacho me sorprendía una vez más con su atrevimiento y empuje abundantes.

—Sí si nene... me vuelves loca cariño.

Pasando del coño y dejándomelo para mí, se entregó por entero al oscuro anillo. Lamiéndolo y humedeciéndolo con sus babas, escupiéndole encima y haciendo esparcir la saliva a lo largo del mismo. Tratando de abrirlo con el empuje de la lengua, yo me removía sollozando y suplicando seguir. Un dedo usó presionando ligeramente el anillo. Gruñí débilmente con la leve presión, buscando enterrarlo muy muy lentamente. Moviéndolo en círculos, poco a poco me lo fue trabajando para mi inmenso placer. Gracias a la humedad y su sapiencia, pronto lo noté ingresar tímidamente al dilatarse la angosta abertura. Follándomelo con la lengua y luego con el dedo que fue haciendo entrar para sacarlo al momento.

—¿Te gusta muñeca?

—Sí sí... eres malo conmigo... me encantaaaaa.

Y entonces sentí sus labios y dedos abandonarme, ofreciéndome un leve respiro al dejarme permanecer sola y entre constantes jadeos. Como un latigazo irrefrenable, erguí el cuerpo hasta quedar sentada al borde de la cama y enfrentada al hombre. Con delicadeza infinita me apoderé una vez más de su miembro medio inflamado.

Tomando de nuevo confianza, me dispuse a chuparla y comerla tratando de hacerla crecer para el siguiente juegucito. Nuevamente comencé a recrearme con él, me encantaba ser mala y hacerle sufrir con mis dedos, mis manos, mi lengua y mi boca. Toda yo entregada a mi joven y bello acompañante, disfrutando cada poro de su bien formada figura. Despacio, muy despacio...

Volviendo a recorrerle el cuerpo con las manos y la boca, los dos callados y casi sin cruzar las miradas, en diez minutos apenas de ese duro tratamiento una vez más le tuve en forma y preparado. Volví a caer atrás, invitándole a que me tomara.

—Hazme tuya... fó... llame...

Pero antes y echado encima unos instantes, estuvo acariciándome el coñito por encima mientras el hombre se masturbaba manteniendo todo aquello en ristre. Ya con las caricias y roces de lengua creí era bastante para él pero me equivocaba como bien pude comprobar. Agarrándome las piernas me hizo levantarlas arriba. De pie mostrando frente a mí su horrible virilidad para enseguida pasarla por los pliegues de los labios y resbalando más abajo.

No lo esperaba, juro que ni por un solo segundo había pensado en la posibilidad que fuera a buscar mi estrecho canal. No fue donde esperaba sino que, sin esperarlo y con la peor felonía, le descubrí apretar hurgando la entrada del cerrado anillo. Bajo su peso juvenil y mucho más fuerte que yo, no pude evitar aquel interés maligno por su parte.

—¿Pero qué haces, qué haces... qué vas a hacer? —fue lo que pude decir tomada de los brazos por sus manos.

—Calla preciosa, déjame hacer, seguro que te encanta eso.

—¿Qué dices, te has vuelto loco?... suéltame.

—Sssssssshhhhh, calla —exclamó autoritario, haciéndome volver y caer de boca sobre las sábanas.

Me supe sucia y aturdida, aquel bastardo iba a hacérmelo sin yo poder oponer resistencia. Por otro lado y pensándolo mejor, ¿por qué no? Podía ser el mejor fin de fiesta para aquella magnífica

e inesperada velada. Desplomada entre las sábanas caí boca abajo y cuan larga era. Ronroneando al provocarle, le miré solicitando su compañía. Así se lanzó haciéndome apreciar su largo y preciado instrumento entre las nalgas. Gimoteé excitada al removerme mínimamente bajo su peso.

—Ummmmm, sí mi amor.

—¿Te gusta nena... te gusta verdad? Al final a todas os gusta —confirmó al oírme suspirar entregada a él.

—Métemela, métemela anda —aceptando ahora sí de buen grado lo que mi apuesto amante pretendía conmigo.

Aguantando la respiración esperé el terrible momento. El miembro enderezado en todo su vigor ciclópeo, le noté acercarlo a la entrada. Ayudándole y buscando entre los dos llevarla adentro, para finalmente encajarla tratando de traspasar el umbral. Así y con la facilidad que la experiencia da, supo encontrar el camino que le interesaba. Poco a poco y centímetro a centímetro fue entrándome, dejándose caer más de la mitad. Primero la gruesa cabeza y luego todo el resto, fui sintiéndome lacerar las entrañas igual que yo laceraba las frías sábanas clavando las uñas en las mismas.

—Me encanta tu culito estrecho y tragón... vamos ábrelo...

Luego y con un golpe duro y seco me desfloró el anillo por completo, arrancándome un alarido angustiado. Me la endiñó sin miramiento ni recato alguno, toda de una vez y hasta el fondo. Elevándose y cayendo al enterrarse decidido, sacándome un grito sofocado.

Con la mirada a un lado, la fría y blanca pared de la habitación era el único asidero sobre el que hacer correr mi afligida pena, mientras por detrás el poderío masculino me hacía emitir tenues y desconsolados lamentos. Me quemaba las entrañas, el abrirse las paredes dilatadas bajo el empuje abrasador. Quieto sobre mí y jadeantes ambos noté cómo salía lentamente de mi interior. No tardó en volver a buscarme dejándome sobre la cama, hecha un guiñapo y muerta ante la nueva y certera estocada. De nuevo unos instantes parado y enseguida comenzó la tortura moviéndose y profanando mi más oscuro tesoro.

Hundiéndose y saliendo con suavidad extrema, aquel bastardo empezó a sodomizarme a su entero placer. Pegado a la espalda, poseyéndome en silencio mientras yo solo podía soportar la cadencia de su lento traspasar. No era la primera vez que me lo hacían es evidente, pero la seguridad y audacia de mi joven amante resultaron para mí deliciosas y desconcertantes al tiempo.

—¡Cabrón, cabrón! —ahora sí que no me arrepentía de haberme unido a él en esa noche de pasión y locura.

Dándome mandanga continuó con su lento montar, tomando paso a paso mayor ritmo según yo iba relajándome. Rasgándome el esfínter, resbalándome hacia el fondo, sabiendo cuándo parar y cuándo seguir haciéndolo. Yo continuaba entre las frías, arrugadas y delicadas sábanas sirviéndome como única tabla de salvación. Hipando en voz baja mi constante martirio. Me mataba, me mataba creyendo morir con su cada vez más rápido entrar y salir.

—Dios, oh diossssssss.

Gruñendo, murmurando y gritando en tono bajo y luego más alto, me costaba acostumbrarme al tamaño de aquella perturbadora presencia. Resoplaba herida, pedía que saliese para al momento reclamar que me sodomizara. Los ojos en blanco, me sentía plenamente suya, mostrándose el chico por completo dueño de mi persona.

—¿Te gusta putita... dime te gusta? — su voz hueca susurrándome al oído al dejarse enterrar hasta el final.

—Ummmmm me matas maldito pero no pares, no pareeeeeeessss.

Apoyado en los puños se fue dejando caer a buen ritmo, ya de forma más fácil y escuchándose mis apocados y timoratos plañidos cada vez que me penetraba. Enseguida comenzó a follarme deprisa, sodomizándome de manera casi salvaje y rompiéndome por dentro con golpes rudos y secos. Aullaba, trataba de escapar sin poder hacerlo, el recio sable clavándose una y otra vez provocando en mí algo próximo al mayor de los delirios. Temblándome el cuerpo bajo su fuerza arrolladora. Mi joven amante se mostraba incansable sin dejar de darme adentro y afuera.

—Me matas, me matas canalla... córrete, córrete —supliqué sin poderlo soportar ya mucho más.

Bajo su peso me corrí y a los pocos segundos fue el chico el que se vino, escupiéndolo todo en mi irritado y angosto canal. Sin avisar que se corría no tuve fuerzas para pedir que lo echara fuera, disfrutando el correr de jugos que me entregaba. Calientes y ardientes en un postrero suspiro de energía por su parte.

Sobre la espalda le sentí derrumbarse, besándome la mejilla y dándome el aliento que sus ronquidos guturales lanzaban. Por fin había acabado con él, pese a su mucha y desmedida fuerza de joven macho, poderoso y robusto. Cansado, respirando exhausto en la cama le vi caer a mi lado vencido. Con cara de bendita sonreí para mis adentros, escuchándole bramar y quejar débilmente por el mucho esfuerzo realizado.

Un nuevo triunfo por mi parte, una nueva guerra ganada para mi amplio historial. Una nueva conquista que sumar. Los hombres en su tremenda vanidad creen, tontos de ellos, que nos conquistan cuando en realidad es al revés, terminando en nuestras garras como corderillos. Tomándome entre sus brazos, el joven macho había muerto agotado en aquella noche tan salvaje y gloriosa para ambos. Cerrando los ojos complacida, no tardé en encontrarme acompañada por Morfeo.

Por la mañana y entrando el sol con fuerza a través del amplio ventanal, desperté completamente desnuda y cubierta tan solo por la fina sábana. Hacía calor y la verdad no hacía falta más ropa.

Echando el brazo al otro lado de la cama, me descubrí sola aunque bajo la mano aún se notaba el algodón caliente. Ni me había enterado de su marcha, tan cansada y satisfecha me sentía. Una sonrisa risueña y plena cubriéndome el rostro de oreja a oreja.

Quitándome las legañas que envolvían mis ojos y ronroneando mimosa todavía unos instantes, al fin fui volviendo poco a poco a la realidad al mirar el móvil viendo la hora que era. Las nueve menos cuarto y tenía mensaje de Julia. Respondí recibiendo a los pocos segundos respuesta por su parte.

—¿Dónde estás? Estamos todos abajo.

—En la cama, ¿dónde quieres que esté?

—¿En la cama aún? Vamos, arréglate. A las diez tenemos reunión con Paco. Te espero en la cafetería, no tardes.

—Ok, me ducho y en media hora estoy contigo.

Antes de acabar y sin poder reprimir la curiosidad, le pregunté por la noche pasada.

—Luego te cuento —fue su seca y escueta respuesta. ¿Y tú qué tal?

—Uffff de maravilla, simplemente de maravilla —la sonrisa aviesa y abierta llenándome el rostro, al marcar el emoticono de sueño y cansancio, poco antes de mandar este último mensaje.